

Enfoque

Análisis de situación

Año 17, No. 112, 4 de mayo de 2026



La "Pax Silica" de Trump

ENFOQUE es una publicación de análisis de situación que es producida por la Asociación El Observador. Forma parte de la iniciativa: “Análisis Alternativo e Independiente para la Construcción de una Sociedad Democrática” con la cual se pretende contribuir en el proceso de construcción de una sociedad más justa y democrática, a través de fortalecer la capacidad para el debate y discusión, el planteamiento, la propuesta y la incidencia política de actores del movimiento social, organizaciones de la sociedad civil, medios de comunicación alternativos y todas aquellas expresiones sociales que actúan en diferentes niveles: local, regional y nacional.



**Asociación
El Observador**

Estudios Estratégicos por la Democracia

Puede descargar esta publicación en nuestra
página web:

www.elobservadorgt.org

Si desea contactarnos o comentarnos esta
publicación, escribanos a:

comunicacion@elobservadorgt.org

Escudo de las Américas: la Doctrina Donroe y la reconfiguración neoimperial del hemisferio en la crisis del capitalismo global

Marco Fonseca

Introducción

En marzo de 2026, la conferencia “Escudo de las Américas” celebrada en Miami bajo el liderazgo de Donald Trump, fue un evento mucho más que diplomático y mucho más que una simple iniciativa de seguridad regional. Fue la escena visible de una mutación histórica más profunda donde vimos desplegarse la emergencia de una nueva racionalidad neoimperial que articula militarización, control tecnológico, alianzas ideológicas y reconfiguración geopolítica del hemisferio, en el contexto de una crisis global del capitalismo y sus varias formas de hegemonía.

Este ensayo sostiene que lo que allí se escenifica, lo que se ha venido a llamar la Doctrina Donroe, no puede comprenderse como una reedición de la Doctrina Monroe, sino como su transformación bajo condiciones radicalmente nuevas que incluyen la crisis orgánica

del capitalismo global, la transición hacia una economía crecientemente digitalizada y post-humanista, y la erosión de las formas tradicionales de hegemonía.

A partir de una reconstrucción crítica de los debates contemporáneos sobre la crisis, desde la teoría de la rentabilidad hasta las lecturas de David Harvey y William I. Robinson, el presente texto argumenta que la coyuntura actual no puede reducirse a una sola ley económica ni a una lógica monocausal. Se trata, más bien, de una crisis civilizatoria sobredeterminada en la que convergen contradicciones económicas, ecológicas, tecnológicas y políticas, y que se expresa, tanto en la reestructuración del poder global, lo que Robinson denomina la “Pax Silica”, como en la proliferación de formas autoritarias de gobierno, acumulación militarizada y Estado policial global.



*Los asistentes a la cumbre “Escudo de las Américas”.
 Foto: The Guardian.*

En este marco, América Latina reaparece como una periferia refuncionalizada; como espacio estratégico donde estas dinámicas se condensan de manera particularmente intensa; como territorio de acumulación dependiente, laboratorio de gobernanza excepcional y campo de disputa entre proyectos de restauración autoritaria y tentativas de articulación democrática. Este ensayo examina, en este sentido, las distintas modalidades que adopta esta reconfiguración en la región, desde la “vía peruana” hasta la restauración ultraconservadora chilena, así como la construcción de una coalición ideológica hemisférica que combina regresión subjetiva, idiotización de masas y una

política afectiva fundada en la anticipación y, en cierto sentido, en el deseo de la catástrofe.

Lejos de ofrecer una narrativa lineal o determinista, el argumento central que se ofrece en este trabajo, es que la crisis contemporánea debe pensarse como una crisis de hegemonía en sentido gramsciano, irreductible a las leyes de la acumulación y abierta a desenlaces contingentes. Entre neoimperialismo tecnificado y articulación democrática, entre Estado policial global y proyectos contrahegemónicos, el futuro del hemisferio y quizá del orden mundial, permanece radicalmente indeterminado.



*Estados que participan en el Escudo de las Américas
Fuente: Wikipedia*

I. La gran transformación del capitalismo: hacia una nueva lógica del poder neoimperial

La tradición marxista que vincula crisis, sobreacumulación y tendencia decreciente de la tasa de ganancia, posee una larga genealogía y una notable consistencia interna. Una de sus formulaciones más nítidas aparece ya en el panfleto trotskista *Karl Marx and the World Crisis* publicado en los 1980s, donde se establece de manera doctrinal la relación entre la forma fenoménica de la crisis, la sobreproducción de mercancías, y su fundamento estructural en la dinámica de la acumulación (Socialist Voice, 1983).

El argumento parte de la definición clásica de la tasa de ganancia como la relación entre plusvalor y capital total adelantado. Si la competencia empuja a los capitalistas a introducir innovaciones tecnológicas que elevan la composición orgánica del capital, esto es, la proporción de capital constante respecto al trabajo vivo, entonces la rentabilidad tiende a caer ya que, en la teoría marxiana, sólo el trabajo vivo produce plusvalor. La crisis aparece así no como simple insuficiencia de demanda en sentido keynesiano, sino como expresión de una contradicción interna: el capital produce más de lo que puede valorizar rentablemente. La sobreproducción de mercancías no sería, entonces, más que la forma visible de una sobreacumulación de capital.

Los argumentos centrales de la Teoría del Valor clásica

Esta línea argumental ha sido retomada más recientemente por autores como Murray E. G. Smith, quien en su trabajo *Twilight Capitalism* intenta sistematizarla con una ambición explícitamente científica y empírica. (Smith et al., 2021). Smith distingue entre crisis coyunturales como la de 2007-2008, marcada por crédito, colapso financiero y sobreproducción, y una crisis histórico-estructural más profunda, ambas mediadas, según él, por la ley del valor y por la ley de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia. El centro de su esfuerzo consiste en operacionalizar empíricamente la rentabilidad a partir de series históricas sobre beneficios netos y stock de capital fijo, buscando mostrar una caída significativa de la tasa de ganancia desde la posguerra hasta la crisis de los años 70, una recuperación parcial en el período neoliberal y una nueva tendencia descendente en las décadas previas a 2008. En este marco, el aumento de la composición orgánica del capital y la insuficiencia de las contratendencias, entre ellas el incremento de la tasa de explotación, permitirían sostener la tesis de una crisis prolongada de valorización del capital en el capitalismo tardío.

Michael Roberts ha sido, quizá, el defensor más sistemático y combativo de esta lectura. Su valoración entusiasta de *Twilight Capitalism* descansa precisamente en la convicción de que el libro logra articular teoría del valor, ley de la rentabilidad y evidencia empírica de un modo poco frecuente en la economía política marxista contemporánea. (Roberts, 2021). En la interpretación de Roberts, la crisis capitalista posee un núcleo causal unificado como lo es la producción de valor y plusvalor como fundamento del proceso de acumulación. La sobreproducción, el subconsumo, la desproporcionalidad sectorial o las crisis financieras no serían causas autónomas, sino formas de manifestación de una contradicción más profunda: la insuficiente producción de plusvalor en relación con la magnitud del capital acumulado. La crisis sería, en este sentido, una crisis de valorización. Incluso, la financiarización no aparecería como causa independiente, sino como desplazamiento de la contradicción hacia la esfera del capital ficticio, que termina por colapsar cuando la base real de creación de valor ya no puede sostenerlo.

La fuerza de esta tradición reside en su capacidad para preservar el núcleo más duro de la crítica de la economía política, es decir, la insistencia en que el capitalismo no es un simple sistema de intercambio, sino un régimen histórico de valorización fundado en la explotación del trabajo. Sin embargo, el estatuto teórico de esta "ley" y su pretensión de explicar en última instancia todas las crisis ha sido objeto de críticas sustantivas. Michael Heinrich ha sido particularmente importante en este terreno. Su reconstrucción del argumento de Marx sobre la llamada ley de la caída tendencial de la tasa de beneficio reabre una cuestión decisiva, si es posible demostrar, en efecto, que del propio desarrollo del capital se sigue necesariamente una tendencia a la disminución de la rentabilidad. (Heinrich, 2008, página 155). La respuesta de Heinrich es negativa. (Heinrich, 2008, página 157).

El hecho de que aumente la composición orgánica del capital no implica por sí mismo una caída necesaria de la tasa de beneficio, porque todo depende de la relación concreta entre ese aumento y la tasa de plusvalor. No basta, pues, con afirmar que el capital sustituye trabajo vivo por maquinaria; hay que mostrar que tal sustitución genera necesariamente una caída de la rentabilidad y eso, sostiene Heinrich, Marx no lo demuestra de manera concluyente. (Heinrich, 2008, página 157).

Esta crítica tiene consecuencias de largo alcance. En primer lugar, sugiere que la teoría crítica del capitalismo o de la crisis no necesita descansar sobre una ley teleológica del derrumbe. El capitalismo puede seguir generando crisis, exclusión, desempleo masivo, pobreza, devastación ecológica y poblaciones excedentarias, sin que exista una ley económica única que lo explique o que garantice su colapso final. En segundo lugar, obliga a interrogar el fundamento mismo de la teoría del valor. Aquí emerge un problema más profundo.

La formulación marxista de la ley del valor arrastra un residuo humanista muy fuerte, en la medida en que sitúa al trabajo humano como fuente última de la riqueza social. En ese punto, Marx hereda no sólo una categoría económica, sino también una estructura antropológica en la que el sujeto humano ocupa el lugar de la esencia. Cuando en los *Grundrisse* anticipa que el desarrollo de la ciencia y la tecnología podría desplazar al trabajo inmediato como fuente principal de riqueza, Marx tiende a leer esa posibilidad como una contradicción terminal del capital. (Heinrich, 2008, página 179) Pero, la historia posterior parece sugerir algo distinto. Desde la gran industrialización hasta la robotización y la inteligencia artificial contemporáneas, no hemos asistido al derrumbe del sistema, sino a una profunda mutación suya. Lejos de desaparecer, el capitalismo parece reconfigurarse en formas crecientemente post-humanistas.

Ese desplazamiento no invalida sin más la teoría del valor o la noción de fetichismo, pero sí obliga a releerlas. Más que como afirmaciones ontológicas sobre la sustancia del valor, conviene entenderlas como dispositivos críticos que hicieron visible una forma específica de dominación social en el capitalismo del siglo XIX y la mayor parte del XX, cuando el trabajo ocupaba efectivamente una posición central. Hoy, sin embargo, cuando la centralidad del trabajo humano directo parece reducirse en múltiples sectores estratégicos, resulta cada vez más difícil sostener esa matriz humanista como única clave explicativa del sistema. La pregunta ya no es sólo cómo se explota el trabajo, sino también cómo el capital reorganiza la dominación cuando desplaza trabajo vivo, extrae rentas monopolistas, controla infraestructuras tecnológicas, captura datos, territorializa recursos críticos y convierte, incluso, la crisis en una nueva frontera de acumulación.

En este punto, la crítica de Heinrich converge paradójicamente con una intuición más amplia, a saber, la crisis del capitalismo no puede entenderse como simple actualización de una ley única, sino como una articulación compleja de contradicciones económicas, políticas, tecnológicas y ecológicas. La sobreacumulación sigue siendo central, pero no como destino mecánico, sino como lógica recurrente mediante la cual el capital produce una masa creciente de mercancías, infraestructuras, deudas y activos que no

pueden realizarse o valorizarse bajo condiciones sostenibles. Esa negatividad adopta formas históricas diversas. Después de la Gran Depresión de los 1930's, el fordismo de las décadas de 1950 y 1960 logró contenerla temporalmente mediante pleno empleo, expansión salarial y Estado social; el neoliberalismo, después de las crisis de fines de los 1970's, restauró la rentabilidad a través de la precarización laboral, la financiarización y el desmantelamiento parcial de esos compromisos sociales. Pero ni una ni otra fase eliminaron la contradicción; sólo la desplazaron.

El planteamiento de David Harvey para repensar la Teoría del Valor

David Harvey radicaliza esta apertura en un plano más sistemático y global. En su lectura, el capital debe entenderse como una totalidad en movimiento que articula producción, circulación, distribución, crédito, Estado, geografía, reproducción social y relación con la naturaleza. En este marco, la caída de la tasa de ganancia es sólo una entre varias contradicciones fundamentales. Las crisis pueden estallar en distintos puntos del organismo capitalista y luego propagarse al conjunto. La distinción entre tasa de ganancia y masa de ganancia, tan importante en Harvey, permite comprender cómo el sistema puede seguir expandiéndose incluso cuando la rentabilidad relativa se deteriora, desplazando sus tensiones hacia la urbanización, la financiarización, el endeudamiento, el gasto militar o nuevas formas extractivas de acumulación. La crisis no desaparece, pero se desplaza en el tiempo y en el espacio. (Harvey, 2026).

Roberts ha respondido a esta perspectiva defendiendo una teoría jerárquica de la crisis. A su juicio, Harvey corre el riesgo de diluir la especificidad de la crisis capitalista al sustituir el problema de la valorización por el de la realización y la circulación. Su argumento es que las formas aparentes de la crisis pueden ser múltiples, pero todas remiten, en última instancia, a una contradicción recurrente y subyacente que es, de hecho, la relación entre plusvalor y capital acumulado. (Roberts, 2026). La fuerza de esta crítica reside en que preserva la prioridad lógica de la producción de valor; su debilidad, sin embargo, es que tiende a convertir esa prioridad lógica en una prioridad causal demasiado rígida. Harvey no niega la importancia de la rentabilidad; niega que baste para explicar por sí sola la forma histórica concreta de cada crisis. Lo que está en juego, por tanto, no es si la valorización importa, sino si puede erigirse en causa exclusiva de procesos que hoy están sobredeterminados por deuda, finanzas, reproducción social, geopolítica y ruptura metabólica.

Leído en conjunto, este campo de debates sugiere que la teoría marxista en particular y la teoría crítica de la crisis, no puede reducirse a un modelo monocausal y determinista. La tradición ortodoxa, desde el panfleto trotskista hasta Smith y Roberts, tiene el mérito indiscutible de preservar la centralidad de la valorización y de la rentabilidad. Pero, las intervenciones de Heinrich, Moseley, Harvey y otros, muestran que ese núcleo no puede convertirse sin más en una ley explicativa cerrada. Las crisis del capitalismo están sobredeterminadas y, en este contexto, la rentabilidad, la realización, el crédito, la expansión geopolítica, la transformación tecnológica y la crisis ecológica, no se ordenan

jerárquicamente de una vez por todas, sino que se entrelazan en configuraciones históricas concretas. Una teoría adecuada de las crisis contemporáneas requiere, por ello, no la búsqueda de una causa única, sino la reconstrucción de esa totalidad contradictoria en la que economía, Estado, geopolítica y formas de dominación global, se constituyen.

Es precisamente desde este terreno, más complejo, menos teleológico y más atento a la historicidad de las mediaciones, que puede abordarse con mayor rigor la discusión contemporánea sobre la crisis del capitalismo global. Y, es en ese punto donde adquieren especial relevancia, aunque desde registros distintos, las intervenciones de Harvey y William I. Robinson.

Frente a las lecturas más ortodoxas de la crisis capitalista, desde el panfleto trotskista de 1983 hasta Murray Smith y Michael Roberts, el aporte de David Harvey consiste en reabrir la teoría marxista de la crisis hacia una comprensión más relacional, más histórica y menos monocausal del capital como totalidad en movimiento. Si la tradición ortodoxa tiene el mérito indudable de preservar la centralidad de la valorización, del plusvalor y de la rentabilidad frente a toda deriva subconsumista o keynesiana, su límite aparece allí donde tiende a convertir esa prioridad lógica en una causalidad única, jerárquica y excesivamente rígida. Es precisamente contra esa rigidez que Harvey interviene. Su argumento no es que la tasa de ganancia carezca de importancia, ni que la producción de valor sea secundaria, sino que ninguna de estas dimensiones, tomadas por sí solas, basta para explicar la forma concreta en que estallan las crisis históricas.

En su libro reciente *The Story of Capital*, Harvey reconstruye el capital no como una cosa ni como un simple stock de valor que se autovaloriza, sino como un proceso contradictorio que articula producción, circulación, realización, distribución, crédito, espacio, tecnología, Estado y reproducción social. Esta formulación tiene consecuencias decisivas para la teoría de la crisis. Si el capital es una totalidad diferenciada, compuesta por momentos relativamente autónomos, pero mutuamente dependientes, entonces una crisis puede comenzar en cualquiera de esos puntos y luego generalizarse al conjunto. Puede aparecer como crisis de realización, como desproporcionalidad entre sectores, como rigidez del capital fijo, como endeudamiento excesivo, como colapso del crédito o, ciertamente, como caída de la rentabilidad. Lo decisivo para Harvey es que el hecho de que todas estas tensiones terminen por afectar la valorización, no autoriza a reducir las retrospectivamente a una sola causa originaria.

En este sentido, la crítica de Harvey a la ortodoxia no niega la centralidad del valor; más bien cuestiona el modo en que esa centralidad ha sido convertida en una especie de metafísica causal. La producción de plusvalor sigue siendo condición necesaria para la reproducción del capital, pero no constituye por sí misma una explicación suficiente del estallido de cada crisis. En esto, su desacuerdo con Roberts es especialmente revelador. Allí donde Roberts insiste en que la recurrencia de las crisis sólo puede explicarse remitiéndolas a una contradicción subyacente común como lo es la insuficiencia de plusvalor relativo al capital acumulado, Harvey responde que esta recurrencia no exige una causa única sino una comprensión dialéctica de, cómo múltiples contradicciones

se articulan, se desplazan y se condensan históricamente. La producción de valor no desaparece; lo que desaparece es la pretensión de que pueda gobernar por sí sola toda la inteligibilidad de la crisis.

Esta diferencia se vuelve particularmente importante cuando Harvey aborda la cuestión de la sobreacumulación. En la tradición ortodoxa, la sobreacumulación suele aparecer como una masa creciente de capital que ya no puede valorizarse rentablemente. Harvey no rechaza esta formulación, pero la complejiza. La sobreacumulación no es simplemente un exceso abstracto de capital, sino una situación en la que coexisten excedentes de capital y de trabajo que no pueden ser articulados bajo condiciones rentables. Hay dinero disponible, capacidad productiva disponible y fuerza de trabajo disponible, pero no una forma adecuada de combinarlos sin destruir la rentabilidad. Esta definición desplaza el problema desde una ley única hacia una configuración histórica concreta de bloqueos, desajustes y mediaciones fallidas.

Es precisamente aquí donde Harvey introduce una de sus categorías más fecundas: la de las "fijaciones/soluciones provisionales espacio-temporales". Si el capital no puede absorber sus excedentes de manera inmediata, busca hacerlo desplazando sus contradicciones en el espacio y en el tiempo. La expansión geográfica, la urbanización, la construcción de infraestructura, la apertura de nuevas fronteras de inversión, la reorganización territorial de la producción, el crédito y el endeudamiento, funcionan como mecanismos para absorber excedentes y postergar o, incluso, gestionar el estallido de la crisis. Pero Harvey insiste en que estas soluciones son siempre parciales y contradictorias. La inversión en capital fijo, por ejemplo, permite canalizar grandes masas de excedente hacia la construcción de ciudades, puertos, carreteras, redes logísticas o plataformas de servicios, pero, al mismo tiempo, inmoviliza valor, rigidiza el sistema y prepara nuevas crisis futuras. El capital resuelve problemas produciendo otros.

Esta lógica aparece con especial claridad en su tratamiento de las finanzas. A diferencia de las lecturas que entienden la financiarización como mera desviación especulativa o simple parasitismo externo a la economía "real", Harvey la sitúa dentro del corazón mismo del proceso de acumulación. El crédito no es una anomalía; es una necesidad estructural del capital. Permite sincronizar tiempos de rotación distintos, adelantar inversiones, sostener proyectos de gran escala y anticipar valorización futura. Sin embargo, precisamente por esta función indispensable, el sistema financiero abre la posibilidad de que proliferen derechos sobre valor futuro que luego no pueden validarse en la producción efectiva. El capital ficticio no es irreal en un sentido trivial; es real como pretensión sobre riqueza futura, pero profundamente inestable cuando esa riqueza no llega a producirse o no puede realizarse. De este modo, la financiarización no aparece en Harvey como causa autónoma de la crisis, sino que como una forma estructural en que el capital intenta gestionar sus contradicciones al precio de amplificarlas.

Algo semejante ocurre con la tecnología. También aquí Harvey se aparta de cualquier determinismo lineal. La innovación tecnológica no constituye para él una fuerza exterior que cae sobre la economía desde afuera, ni una causalidad autosuficiente que

reordena por sí sola el sistema. La tecnología forma parte del proceso de acumulación y sólo puede entenderse en relación con la lucha de clases, con las condiciones de realización, con la geografía del capital, con el crédito y con las mediaciones estatales. Sin embargo, esta cautela conceptual abre a su vez un problema que el propio Harvey deja apenas insinuado, y que hoy adquiere una importancia extraordinaria. Si el capitalismo sigue dependiendo, en última instancia, del trabajo vivo como fuente del valor, pero, al mismo tiempo, radicaliza su tendencia a desplazarlo mediante automatización, plataformas digitales, algoritmos e inteligencia artificial, entonces no estamos sólo ante una nueva fase tecnológica del capital, sino ante una posible tensión interna de la teoría del valor misma.

Dicho de otro modo, Harvey ayuda a desactivar la versión más dogmática de la ley de la caída de la tasa de ganancia, pero, al hacerlo, nos deja frente a una cuestión aún más inquietante. ¿Qué sucede cuando la gran transformación tecnológica contemporánea, en sentido polanyiano, no se limita a reorganizar la producción, sino que empuja al sistema en dos direcciones contradictorias: hacia una crisis de hegemonía y hacia una configuración crecientemente post-humanista? ¿Qué ocurre con una teoría crítica cuyo núcleo histórico descansó en la centralidad del trabajo humano, precisamente cuando la acumulación parece desplazarse hacia formas de control infraestructural, monopolio tecnológico, extracción de datos, renta digital y automatización masiva?

Harvey no resuelve del todo estas cuestiones en su trabajo, pero su enfoque prepara el terreno para formular –por lo menos la cuestión de la crisis del capitalismo– con más precisión. Al insistir en que el capital no puede entenderse sólo desde la fábrica, ni sólo desde la tasa de ganancia, sino desde la articulación total de sus mediaciones, algo que nos recuerda el trabajo de pensadores como István Mészáros y Michael A. Lebowitz, abre el espacio para pensar que la propia forma histórica en que el valor se produce, se valida y se desplaza, está entrando en una mutación profunda. (Mészáros, 2010; Lebowitz, 2005).

La crítica de Harvey a Roberts no es simplemente metodológica. En el fondo es una crítica que podríamos llamar ontológica. Si el capital es una totalidad en movimiento, entonces el valor no puede pensarse como una sustancia que permanece idéntica a sí misma al margen de sus formas históricas de mediación y realización. La valorización depende precisamente de su realización; la realización depende de estructuras de demanda, de crédito, de territorialización, de marcos jurídicos, de organización estatal y de configuraciones geopolíticas; y todo ello depende a su vez de formas tecnológicas y sociales cambiantes. Esto no significa que el valor sea una ilusión ni que la teoría del valor deba abandonarse sin más. Significa, más bien, que el capitalismo contemporáneo obliga a repensar cómo opera esa teoría cuando los mecanismos clásicos de absorción del excedente se combinan con automatización, financiarización extrema, plataformas digitales y nuevas formas de expropiación que no encajan fácilmente en la figura decimonónica de la fábrica.

Visto desde esta perspectiva, la intervención de Harvey resulta crucial porque desplaza el debate sobre la crisis del capitalismo desde la búsqueda de una ley rectora única,

hacia la reconstrucción de una totalidad contradictoria y sobredeterminada. Pero, ese mismo desplazamiento tiene una consecuencia adicional pues nos coloca al borde de una pregunta más radical. Tal vez la crisis contemporánea no sea sólo una crisis del capitalismo en el sentido clásico, sino también una crisis de las categorías mediante las cuales el marxismo tradicional intentó pensarlo. O, más precisamente, una crisis de las mediaciones históricas que hicieron inteligible la teoría del valor en el largo siglo XIX y buena parte del XX. La gran transformación tecnológica contemporánea –digitalización, inteligencia artificial, robotización, plataformas, centros de datos, cadenas logísticas automatizadas– no elimina la explotación, pero sí altera profundamente la relación entre trabajo vivo, riqueza social, control tecnológico y acumulación. No estamos todavía fuera del capitalismo, de ninguna manera, pero sí quizá entrando en una zona liminar en la que el capitalismo empieza a reorganizarse de maneras cada vez menos dependientes de sus formas clásicas de humanismo productivista.

En este punto, Harvey no ofrece en su trabajo *The Story of Capital* una teoría acabada del presente, pero sí una apertura indispensable. Su lectura del capital como totalidad contradictoria permite comprender por qué la crisis no puede reducirse a la ley de la rentabilidad y por qué la sobreacumulación debe entenderse a través de sus desplazamientos espaciales, temporales, financieros y tecnológicos. Al mismo tiempo, su crítica a toda explicación monocausal prepara el camino para pensar que la fase actual del capitalismo, al momento de una crisis de la globalización neoliberal, exige algo más que una defensa ortodoxa de la ley del valor o una simple corrección metodológica de esa ley. Exige una reconstrucción de la crisis a la altura de una época en la que economía, tecnología, Estado, geopolítica y transformación post-humanista del proceso productivo, empiezan a entrelazarse de manera cada vez más explosiva, pero, también, a exhibir aspectos de una crisis civilizatoria.

William Robinson: una nueva configuración del capitalismo global

Es justamente sobre ese trasfondo que la intervención de William I. Robinson adquiere toda su fuerza, porque si Harvey nos permite descomponer la crisis como una totalidad compleja y en mutación, Robinson intentará mostrar cómo, en la coyuntura actual, esas contradicciones se condensan históricamente en una nueva configuración del capitalismo global marcada por la financiarización, la militarización, el autoritarismo y el ascenso del poder tecnológico como eje de acumulación y dominación. (Robinson, 2025).

Leído desde la tradición de debates sobre crisis, rentabilidad, sobreacumulación y sobredeterminación que acabamos de recorrer, el trabajo de Robinson representa un desplazamiento importante, pero no una ruptura absoluta. Su punto de partida no es, como en Roberts, la defensa cerrada de una ley unitaria de la crisis, ni tampoco, como en Harvey, la reconstrucción del capital como una totalidad contradictoria en movimiento a nivel categorial. Robinson se sitúa en otro plano: el de una teoría del capitalismo global como etapa histórica cualitativamente nueva, y desde ahí elabora una teoría de la crisis correspondiente a esa etapa, para después analizar las respuestas políticas antagónicas que dicha crisis desencadena. Mantener separados esos tres niveles es crucial para no simplificar su argumento.

Lo primero, entonces, es la teoría del capitalismo global. Robinson no está describiendo simplemente un capitalismo más internacionalizado o una intensificación de tendencias previas. Su tesis es más fuerte: el capitalismo ha entrado en una fase en la que la acumulación se organiza cada vez más a través de un capital genuinamente transnacional, apoyado en la integración planetaria de la producción, las finanzas y los servicios. El sujeto central de esta nueva etapa es la clase capitalista transnacional, y su correlato político-institucional es un aparato de Estado transnacional todavía incompleto, pero cada vez más orientado a crear condiciones globales de acumulación y control. En el prefacio de su libro, Robinson subraya, además, que esta teoría del capitalismo global debe actualizarse a la luz de dos tendencias decisivas de las últimas décadas: la financiarización y la digitalización cada vez más profundas de la economía y de la vida social.

Sobre esa base, Robinson pasa a una teoría de la crisis que tampoco puede confundirse con un simple diagnóstico recesivo. La crisis contemporánea, insiste, no es únicamente económica. Es estructural, política, civilizatoria y existencial al mismo tiempo. Es estructural porque brota de las contradicciones internas de la acumulación global; política, porque erosiona la legitimidad estatal y la hegemonía capitalista; y existencial, porque se cruza con la amenaza de colapso ecológico, guerra y nuevas pandemias. Por eso puede afirmar que se trata de una crisis “mucho más amplia que su mera dimensión económica”, una crisis “civilizatoria y existencial” en la que las distintas dimensiones no se agregan externamente, sino que “se presuponen mutuamente”. Robinson la piensa, en términos cercanos a Gramsci, como una crisis orgánica del capitalismo global contemporáneo.

El núcleo económico de esa crisis es la sobreacumulación, pero Robinson utiliza el término con una precisión que conviene conservar. No se trata de simple exceso contable de capital, sino de una situación en la que la acumulación genera una masa creciente de capital que ya no encuentra salidas suficientemente rentables en la economía productiva. La acumulación de beneficios no reinvertidos no es, por tanto, la causa primera de la crisis, sino el resultado de una caída o insuficiencia de la rentabilidad en la esfera productiva. Robinson reelabora aquí la distinción entre masa de ganancia y tasa de ganancia en donde la masa total de beneficios puede crecer mientras la rentabilidad relativa cae. Y sostiene que eso fue precisamente lo ocurrido en la economía mundial posterior a 2008, en donde crecieron la capacidad infrautilizada, la ralentización industrial y la sobrecapacidad, mientras enormes corporaciones transnacionales obtenían beneficios récord y acumulaban reservas de efectivo que no retornaban a la inversión productiva. El resultado fue una economía global estancada, con exceso de capital, débil inversión y creciente desplazamiento hacia otros mecanismos de valorización.

A partir de aquí, Robinson explica cómo el sistema intentó contrarrestar esa crisis. Durante el ciclo neoliberal-globalizador, la expansión planetaria de la explotación permitió restaurar parcialmente la rentabilidad. La apertura de nuevas reservas de trabajo barato y superexplotable, sobre todo en el antiguo Tercer Mundo, elevó la extracción de plusvalía absoluta a escala global. Pero, ese mecanismo tenía límites. A más largo plazo, el capital necesitó impulsar la plusvalía relativa mediante productividad, tecnología y

reorganización de la producción. Sin embargo, y aquí Robinson sigue moviéndose todavía dentro del horizonte clásico de la teoría del valor, el aumento de la composición orgánica del capital vuelve a presionar a la baja la tasa de ganancia, porque el trabajo vivo sigue siendo la fuente del valor. En otras palabras, la solución tecnológica al problema de la rentabilidad tiende a reproducirlo en una escala superior. A ello se suma que la deuda, la expansión crediticia y la especulación financiera, sólo desplazan la contradicción sin resolverla. El crecimiento de las primeras décadas del siglo XXI, afirma Robinson, descansó en una combinación de deuda pública, deuda privada y “salvaje especulación financiera”, pero, esas fueron soluciones temporales e inestables al estancamiento de fondo.

Esto nos lleva al siguiente nivel de su argumento. La financiarización y la digitalización no son fenómenos accesorios, sino mecanismos estructurales de reconfiguración del capitalismo en crisis. Robinson insiste en que la financiarización no constituye una esfera autónoma y separada de la llamada economía real. Es una forma por medio de la cual el capital transnacional intenta descargar el excedente allí donde ya no encuentra suficiente reinversión productiva. La centralidad del capital financiero transnacional le permite disciplinar Estados, cadenas de valor y circuitos globales de acumulación, convirtiéndose en un eje organizador de la fase actual. Pero, Robinson añade algo más. La digitalización tampoco debe entenderse como una evolución tecnológica neutral. Robinson rechaza expresamente cualquier determinismo tecnológico. Las tecnologías digitales han sido desplegadas por la clase capitalista transnacional para abrir el mundo al libre movimiento del capital, integrar cadenas globales, reorganizar la producción y, al mismo tiempo, ampliar de forma inédita las capacidades de vigilancia, control y represión. La tecnología, en este sentido, no “manda” por sí sola: es una relación de clase materializada.

Es precisamente aquí donde Robinson se acerca a una cuestión aún más delicada, a saber, la posibilidad de una crisis del valor. A medida que el capital digitalizado reduce trabajo vivo, automatiza procesos y avanza hacia costos marginales decrecientes, intensifica una contradicción interna de la teoría marxista del valor: si sólo el trabajo vivo crea valor, ¿Qué sucede cuando la propia dinámica competitiva del capital expulsa sistemáticamente trabajo vivo de sectores cada vez más estratégicos? Robinson no concluye que el capitalismo vaya a derrumbarse de inmediato por esta vía, ni tampoco abandona la teoría del valor. Pero sí sugiere que la automatización, la digitalización y la reorganización tecnológica, profundizan las tensiones entre rentabilidad, valorización, demanda y acumulación. Ese es un punto de enorme importancia para este trabajo, porque conecta directamente con la hipótesis más amplia que se ha venido insinuando, es decir, que la teoría del valor alcanzó su máxima potencia crítica en una etapa histórica en la que el trabajo humano ocupaba una centralidad incuestionable, mientras que hoy el capitalismo parece entrar en una gran transformación tecnológica de signo crecientemente post-humanista. Robinson todavía formula ese problema desde dentro del horizonte clásico del valor; en el presente ensayo podríamos decir que ahí comienza ya una crisis no sólo del capitalismo, sino también de las mediaciones históricas que hicieron inteligible cierta formulación de la teoría del valor.

Antes de llegar a esa diferencia, conviene seguir el hilo del propio Robinson. Uno de sus argumentos más fuertes es que el estancamiento estructural no se limita a generar desplazamientos financieros o tecnológicos, sino que empuja al sistema a convertir la guerra, la represión y el control social en nuevas esferas de acumulación. A eso lo llama, muy productivamente, acumulación militarizada. No se trata sólo de que haya más violencia. Se trata de que el desarrollo de sistemas de guerra, vigilancia, encarcelamiento, securitización fronteriza y represión, pasan a constituir una fuente directa de beneficios. La violencia se vuelve funcional no solo al capital, sino también al Estado.

Aquí convergen dos necesidades. Primero, la necesidad económica de abrir nuevos circuitos rentables para el capital excedente y, segundo, la necesidad política de contener poblaciones excedentarias, protestas masivas y deslegitimación generalizada del orden. Es de esta dinámica de donde surge su tesis, que compartimos en este ensayo: la del Estado policial global. La militarización de fronteras, la criminalización racializada, la vigilancia digital y la represión preventiva, no son simples excesos contingentes, sino formas sistémicas de gestión de poblaciones consideradas excedentes o peligrosas en una fase en la que el consenso ya no basta para sostener la dominación. La era de la coerción violenta ha sido ahora decisivamente restaurada.

Ese es todavía el segundo nivel del análisis que se ocupa de la teoría de la crisis y sus nuevas modalidades de gestión. El tercer nivel aparece cuando Robinson examina las respuestas políticas antagónicas que la crisis desencadena. Desde abajo, afirma, la Gran Recesión de 2008 abrió un ciclo de luchas cuya magnitud no se veía desde hacía décadas. Habla sin ambigüedad de un “verdadero tsunami de rebelión de masas” y de una “primavera global” que no se disipó, sino que se expandió entre 2017 y 2019 hasta incluir más de cien grandes protestas antigubernamentales en países del Norte y del Sur Global; protestas que derribaron alrededor de 30 gobiernos o líderes, y provocaron una escalada de violencia estatal contra los manifestantes. Lo decisivo es que Robinson no interpreta estos procesos como sumatoria de episodios nacionales aislados, sino como una oleada global cuyas expresiones van desde Chile, Colombia, Guatemala y Haití hasta Líbano, Irak, India, Francia, Nigeria, Sudáfrica y Estados Unidos.

La composición de estas luchas es heterogénea, incluyendo a trabajadores, migrantes, Pueblos Indígenas, mujeres, estudiantes, presos, activistas ambientales y movimientos democráticos, pero, todas responden a un mismo trasfondo, es decir, un capitalismo global en crisis que vuelve intolerables las penurias y privaciones que impone a las grandes mayorías. Por eso Robinson llega a decir que las contradicciones del sistema han alcanzado un punto de ruptura política que coloca al mundo en una situación “que roza la guerra civil global”. La expresión no es retórica, sino que nombra la transformación de la conflictividad social en confrontación generalizada entre clases dominantes que intentan restaurar la acumulación y poblaciones subalternas que resisten a esa restauración.

La pandemia, añade Robinson, no interrumpió esa dinámica, sino que la intensificó. El Coronavirus no inauguró la crisis, sino que funcionó como acelerador sanitario de

tendencias previas y ya morbosas. Lejos de amainar, la protesta mundial se profundizó al tiempo que los grupos dominantes aprovecharon la emergencia sanitaria para lanzar una “guerra de clases sin cuartel” orientada, tanto a ampliar oportunidades de beneficio como a reforzar mecanismos de control social. La pandemia se convirtió así en dispositivo de reestructuración autoritaria y en ocasión para profundizar la digitalización coercitiva del mando.

La respuesta desde arriba no es menos importante. Robinson rechaza una simplificación frecuente pues no sostiene que toda la clase capitalista transnacional se haya vuelto fascista. Al contrario, insiste en que gran parte de ella no apoya un proyecto fascista en sentido estricto. Pero sí registra un auge nuevo de la extrema derecha y del neofascismo, especialmente desde la segunda década del siglo XXI y con fuerza renovada tras la irrupción de Trump en 2016. Estos movimientos, sostiene, no ofrecen una solución orgánica a la crisis del capitalismo global. Su función es otra y consiste en contener de modo reaccionario la rebelión de masas, organizar políticamente el resentimiento social y ofrecer salidas autoritarias a la descomposición de la legitimidad liberal. En una fórmula muy precisa, Robinson dice que el fascismo puede contener una rebelión de masas durante un tiempo, pero no puede ofrecer un programa de largo plazo para resolver la crisis del capitalismo global. En otras palabras, el fascismo no es la solución sistémica de la crisis, sino una tecnología política de contención dentro de ella.

Si ahora volvemos a nuestro propio hilo argumental, se vuelve posible marcar con más claridad la diferencia entre la formulación de Robinson y la hipótesis que se viene desarrollando acerca de la gran transformación post-humanista del capitalismo. Robinson sigue interpretando la digitalización, la automatización y la crisis de la rentabilidad dentro del horizonte en el que el trabajo vivo conserva su centralidad como fuente del valor. Desde ahí, el capital digitalizado intensifica contradicciones clásicas y abre una crisis potencial del valor. En este trabajo el argumento, sin embargo, empuja un poco más allá.

Si el capitalismo contemporáneo se reorganiza crecientemente alrededor del control monopólico de infraestructuras tecnológicas, datos, chips, inteligencia artificial, centros de datos, minerales críticos y redes logísticas, entonces quizá no estemos sólo ante una nueva fase del mismo problema, sino ante una mutación histórica más radical de las mediaciones del valor. La teoría del valor no pierde por ello toda fuerza crítica, pero sí deja de operar con la misma centralidad que tuvo en una etapa histórica específica, aquella en que el trabajo humano directo podía pensarse como fundamento visible de la riqueza social. Hoy el capital parece avanzar hacia una configuración cada vez más post-humanista, no emancipadora sino reaccionaria, en la que la subordinación de la vida, el medio ambiente y el planeta mismo, al mando tecnológico se radicaliza. Esa mutación no invalida a Robinson; más bien muestra un límite interno de su marco teórico, justo allí donde su análisis de la digitalización se acerca al borde de algo que ya no puede describirse enteramente con las categorías clásicas del valor sin someterlas a una crítica.

Es en este punto donde su intervención más reciente sobre la “Pax Silica” adquiere especial relevancia. (Robinson, 2026a). En el artículo del diario mexicano *La Jornada*, Robinson sostiene que las convulsiones contemporáneas, desde Ucrania e Irán hasta la militarización interna de Estados Unidos, responden a las estrategias expansivas de un nuevo complejo hegemónico del capital transnacional compuesto por las gigantescas empresas tecnológicas, el capital financiero transnacional y el complejo militar-industrial-represivo. Ese bloque, afirma, ha recurrido al “Trumpismo Global” como una de las formas políticas que acompañan la descomposición del orden internacional de posguerra. La “Pax Silica” nombra precisamente una nueva dispensación imperial basada en la computación, la inteligencia artificial, los minerales críticos, la infraestructura digital y las cadenas globales de suministro asociadas a ellas. Bajo este horizonte, la desregulación radical de la IA, el mercantilismo digital, la captura de recursos estratégicos y la expansión de sistemas de guerra y vigilancia, aparecen como componentes de una nueva fase imperial.

Aquí la relación entre neoimperialismo trumpista, gran transformación tecnológica y crisis de la teoría del valor, se vuelve especialmente visible. La “Pax Silica” parece confirmar que el capitalismo ya no busca solamente explotar trabajo y expandir mercados en el sentido clásico, sino controlar ecosistemas completos de acumulación tecnológicamente mediados y prescindiendo, de modo acelerado, del trabajo humano. Esto se acopla con lo que en otros espacios ya hemos analizado sobre la Doctrina Donroe, es decir, una forma de neoimperialismo de cuño trumpista que combina coerción geopolítica, mercantilismo digital, guerra arancelaria, securitización extrema y ofensiva sobre territorios, recursos y Estados periféricos, bajo la cobertura de una nueva racionalidad tecnológica. En este marco, la gran transformación post-humanista del capital no es un simple proceso económico, sino también una reorganización imperial del mundo.

Y ello tiene consecuencias directas para América Latina. Si la “Pax Silica” articula capitalismo digital, finanzas globales y acumulación militarizada, entonces las restauraciones ultraconservadoras y neofascistas en la región no pueden interpretarse sólo como desviaciones políticas domésticas. Son también parte de la reestructuración de un orden global que necesita disciplinar territorios, recursos, poblaciones y marcos regulatorios para una nueva ronda de acumulación tecnoextractiva. La ofensiva contra regulaciones, la militarización de fronteras, la represión de movimientos sociales, la violencia antiindígena, antifemenina y antipopular, y la articulación entre élites financieras, aparatos securitarios y derechas extremas en América Latina, deben leerse como expresiones regionales de esa mutación más amplia. Robinson ofrece herramientas decisivas para entender este proceso, sobre todo a través de sus conceptos de acumulación militarizada, Estado policial global y Trumpismo Global, aunque la hipótesis que proponemos aquí insiste en que el trasfondo de todo ello no es sólo la sobreacumulación, sino también una gran transformación tecnológica post-humanista que obliga a repensar la centralidad histórica de la teoría del valor misma.

En suma, Robinson propone una teoría del capitalismo global como fase histórica del capital transnacional; una teoría de la crisis orgánica, civilizatoria y existencial centrada

en la sobreacumulación, la financiarización y la digitalización; y un análisis de las respuestas políticas antagónicas que esa crisis desencadena, desde la rebelión de masas hasta la reacción neofascista, el Estado policial global y la acumulación militarizada. Su marco permite comprender por qué el capitalismo puede aún perdurar, pero sólo al costo de una barbarie ampliada. Lo que nuestra discusión añade es que esa barbarie parece estar adoptando cada vez más la forma de una gran transformación tecnológica post-humanista, imperialmente organizada bajo figuras como la “Pax Silica”, el trumpismo global y sus prolongaciones latinoamericanas, y que todo ello obliga a volver a pensar críticamente no sólo la crisis del capitalismo, sino también la historicidad de las categorías con las que lo hemos analizado hasta ahora.

En este punto conviene introducir una precisión teórica fundamental que permite reconocer uno de los límites más importantes en el trabajo de Robinson. Si bien Robinson ofrece una de las caracterizaciones más rigurosas de la crisis contemporánea como crisis orgánica del capitalismo global, articulando sobreacumulación, financiarización, digitalización, crisis de legitimidad, militarización y colapso ecológico, su explicación tiende a mantener, en última instancia, un anclaje causal privilegiado en las dinámicas de la acumulación, particularmente en la contradicción entre valorización y rentabilidad. Es precisamente aquí donde una lectura más sistemática desde Antonio Gramsci obliga a introducir una distinción decisiva.

En la tradición gramsciana, la crisis de hegemonía -o crisis orgánica- no puede reducirse ni derivarse causalmente de la ley del valor ni de la ley de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia. Aunque emerge históricamente de la dialéctica entre estructura y superestructura, entre capitalismo y Estado, su lógica no es reductible a ninguna de estas dimensiones por separado. Como ya se ha señalado en trabajos propios anteriormente (Fonseca, 2016, 2017), la relación entre estructura y superestructura no es de determinación unilineal sino de unidad dialéctica sobredeterminada, en la que ambas dimensiones constituyen un bloque histórico irreductible a un “último fundamento” económico. En este sentido, la hegemonía no es un efecto mecánico de la acumulación, sino un proceso histórico-político específico que implica la articulación contingente de fuerzas sociales, formas de conciencia, instituciones y prácticas.

Esto tiene consecuencias teóricas de gran alcance. Una crisis de hegemonía no es simplemente el resultado de una caída de la rentabilidad o de una crisis de valorización, aunque estas puedan constituir condiciones de posibilidad. Es, más bien, una ruptura en la capacidad de las clases dominantes para organizar el consenso, articular un bloque histórico coherente y ejercer dirección moral e intelectual sobre la sociedad. Por ello, su dinámica responde a mediaciones propias – ideológicas, políticas, culturales y morales – que no pueden deducirse directamente de las leyes del capital. Como sugieren los análisis de Andreas Bieler y Adam David Morton, la comprensión del capitalismo global requiere precisamente, partir de las relaciones internas entre producción, Estado y sociedad civil, como un proceso atravesado por la lucha de clases y por la materialidad de la ideología, no como esferas separadas ni como niveles jerárquicamente ordenados. (Bieler & Morton, 2018).

Desde esta perspectiva, la crisis contemporánea no puede entenderse únicamente como crisis de acumulación, aunque Robinson tenga razón en subrayar la centralidad de la sobreacumulación, sino como crisis de articulación hegemónica a escala global. Es decir, como incapacidad creciente de la clase capitalista transnacional para estabilizar un orden que combine coerción y consentimiento de manera duradera. La expansión del Estado policial global, la acumulación militarizada y el auge de proyectos autoritarios y neofascistas, como los que examinaremos más abajo en el contexto latinoamericano, no son simplemente respuestas funcionales a la crisis económica; son también síntomas de una descomposición hegemónica en la que el consenso ya no puede producirse en los términos anteriores.

Este desplazamiento analítico permite, además, abrir el terreno hacia una problemática que en Robinson aparece solo de manera incipiente, es decir, la crisis de la teoría del valor misma en el contexto de una transformación tecnológica de carácter potencialmente post-humanista. Si la hegemonía no puede reducirse a la lógica del valor, entonces la crisis actual no puede agotarse en la contradicción entre trabajo vivo y valorización. Más bien, estamos ante una coyuntura en la que la crisis de acumulación, la crisis de hegemonía y la posible crisis del propio fundamento valor-trabajo, se entrelazan en una crisis epocal y civilizatoria sin que ninguna de ellas pueda reclamar primacía causal absoluta.

En suma, el aporte de Robinson es decisivo para comprender la densidad estructural de la crisis contemporánea, pero requiere ser complementado y, en cierto sentido, reequilibrado por una teoría de la hegemonía en sentido gramsciano que permita captar la autonomía relativa, la sobredeterminación y la contingencia histórica de las luchas por la dirección social en el capitalismo global.

II. El “Escudo de las Américas”

Para comprender la conferencia llamada “Escudo de las Américas”, organizada por Donald Trump en Doral, Florida, en marzo de 2026, hay que salir de Miami. El evento sólo adquiere sentido cuando se lo sitúa en el horizonte más amplio que hemos venido reconstruyendo, es decir, la crisis del capitalismo global, la erosión del orden multilateral de posguerra, la reterritorialización violenta de la competencia entre grandes potencias, y la mutación del capital hacia formas crecientemente digitalizadas, securitarias y neoimperiales. En pocas palabras, una crisis epocal y civilizatoria del mundo presente. El propio Departamento de Estado presentó la cumbre como una iniciativa hemisférica liderada por Trump y Marco Rubio, y la prensa estadounidense la describió como un esfuerzo por recentrar la política exterior de Washington en el hemisferio occidental mediante una coalición militar contra cárteles, migración irregular y crimen transnacional. (Department of State, 2026).



Participantes en la "Conferencia de las Américas contra los Cárteles", realizada el 5 de marzo de 2026 en Florida, por invitación del Secretario de Guerra de Estados Unidos, Pete Hegseth.

Fuente: Recuperada en: https://x.com/Ejercito_GT/status/2029618291250188692/photo/1

Formalmente, el encuentro se justificó en el lenguaje habitual de la seguridad regional y bajo los términos de coordinación militar, combate al narcotráfico, lucha contra el crimen organizado y estabilización de fronteras. Pero, visto a la luz de la discusión anterior sobre la crisis global, ese registro es insuficiente y, de hecho, engañoso. Lo que allí está ocurriendo es algo más ambicioso, un intento de reorganizar el espacio hemisférico como zona de tutela estratégica estadounidense en un momento en que el multilateralismo liberal se debilita, la guerra permanente se normaliza y la rivalidad geopolítica por cadenas de suministro, infraestructura crítica, minerales estratégicos y plataformas digitales se intensifica. En ese sentido, Miami no fue un mero evento diplomático, sino un síntoma de una nueva doctrina hemisférica que combina securitización, mercantilismo digital y presión neoimperial.

Por eso tiene sentido hablar de una Doctrina Donroe, pero no simplemente como una reedición vulgar de la vieja Doctrina Monroe, sino como su reformulación bajo condiciones históricas nuevas. Si la Doctrina Monroe clásica afirmaba la primacía geopolítica estadounidense sobre el hemisferio, su versión trumpista añade algo decisivo e históricamente nuevo, a saber, la centralidad del control de ecosistemas estratégicos de acumulación, esto es, cadenas logísticas, plataformas tecnológicas, regímenes de datos, energía, minerales críticos, regímenes fronterizos y dispositivos militares de intervención rápida. En esa clave, el "Escudo de las Américas" no es sólo una política de seguridad; es la forma hemisférica de una reestructuración más amplia del poder global.

Aquí la noción de “Pax Silica” como lo vimos antes, resulta particularmente iluminadora (Robinson, 2026b). Robinson sostiene que el nuevo bloque hegemónico del capital transnacional articula tres polos:

- i) Las gigantescas empresas tecnológicas.
- ii) El capital financiero transnacional; y,
- iii) El complejo militar-industrial-represivo.

Ese bloque, afirma, busca reorganizar la acumulación alrededor de la computación, la inteligencia artificial, los minerales críticos, los centros de datos, la infraestructura digital y los sistemas de guerra y vigilancia, convirtiendo a *Silicon Valley* y a sus patrocinadores financieros, en actores geopolíticos directos. Bajo esta “Pax Silica”, la desregulación de la IA, el mercantilismo digital y la expansión de sistemas de control no son políticas secundarias, sino expresiones de una nueva ronda expansiva del capital en crisis.

Sin embargo, para pensar América Latina hay que introducir una mediación adicional. Si en el centro del sistema Robinson ve sobreacumulación, financiarización y digitalización como ejes de la crisis orgánica, en la región latinoamericana la forma dominante parece ser más bien una *acumulación dependiente* que se agudizó con la globalización neoliberal. Gracias a los teóricos de la dependencia como Ruy Mauro Marini, hemos sabido desde hace décadas que la incapacidad de las clases capitalistas nacionales para reinvertir lo suficiente en nuevas tecnologías y capacidad productiva, constituye un obstáculo interno al capitalismo periférico que le impide el desarrollo de una base industrial plenamente madura. En este contexto, la opción más “racional” es la acumulación por medio del despojo y la extracción como motores centrales de la acumulación, incluso, cuando la misma se ha visto crecientemente globalizada.

Por ello, no se trata simplemente de repetir la tesis clásica de la sobreacumulación a escala regional, como si la periferia fuese una miniatura del centro. La dinámica latinoamericana presenta otra configuración en donde encontramos la caída de la rentabilidad, debilidad persistente de la demanda interna, inserción subordinada en cadenas de exportación primaria, baja densidad tecnológica, inversión insuficiente y productividad estancada o muy lenta, tanto en grandes conglomerados como en el vasto universo de micro, pequeñas y medianas empresas que absorben la mayor parte del empleo. (Moreau, 2022). En otras palabras, lo que predomina no es un exceso de capital incapaz de encontrar inversión productiva, sino una insuficiencia crónica de acumulación sostenida dentro de una inserción subalterna en el mercado mundial. No hay gobierno latinoamericano que no esté en fila rogándole al capital transnacional que llegue a la región, precisamente, para invertir el exceso de acumulación en el Norte Global y así dinamizar la acumulación en los capitalismo subalternos de la región.

Esto no significa que América Latina esté fuera de la lógica de la sobreacumulación global. Significa, más bien, que participa en ella de manera desigual, contradictoria y

combinada. Después de la crisis financiera de 2008, la región experimentó una desaceleración inicial vinculada a la caída de exportaciones y remesas, seguida de una recuperación coyuntural impulsada por la demanda china de materias primas. Pero esa recuperación no resolvió nada de fondo. El fin del boom de commodities -materias primas- entre 2013 y 2014, expuso nuevamente las debilidades estructurales del modelo: caída de beneficios, desaceleración generalizada, menor inversión, fragilidad externa, alta informalidad y persistencia de una estructura productiva de baja complejidad tecnológica. La pandemia agravó todavía más ese cuadro, afectando empleo, productividad y desigualdades de género, sin alterar la dependencia extractiva de la región. En este contexto, la acumulación dependiente del despojo y la extracción aparece como una forma periférica y particularmente aguda de la crisis civilizatoria del capital. (Firmiano et al., 2024; Fonseca, 2025a).

En ese marco, los grupos dominantes no responden pasivamente. Intensifican estrategias orientadas a recomponer o forzar las condiciones de acumulación mediante reducción de costos laborales, incorporación selectiva de nuevas tecnologías, expansión extractivista, mercantilización de territorios, financiarización y nuevas formas de desposesión. La aparente centralidad del discurso de seguridad debe entenderse aquí como parte de esa recomposición. La lucha contra el crimen, el narcotráfico o la migración, sirve como narrativa legitimadora para profundizar procesos de concentración del poder estatal, reestructuración represiva y disciplinamiento social. El lenguaje del orden oculta así una política más amplia de protección de relaciones de propiedad, producción, poder y placer que privilegian al sujeto neoliberal, incluso, cuando ese sujeto ya se presenta bajo ropajes ultraconservadores, nacionalistas o abiertamente neofascistas.

Por eso, los estados de excepción o de emergencia se han vuelto tan centrales en la política latinoamericana reciente. Aquí conviene recordar, como sugiere Rodrigo Escobar Vallvé, que la figura del gobierno de emergencia no es meramente administrativa. Es una figura que expresa una forma de concebir la soberanía en la que la restauración del orden previo autoriza la suspensión del derecho y la expansión de medios arbitrarios (Escobar Vallvé, 2026). Esa intuición remite, por supuesto, a Carl Schmitt, para quien el soberano decide precisamente sobre el estado de excepción. La actualidad latinoamericana muestra cuán vigente sigue siendo ese problema.

El Salvador bajo Bukele

El Salvador ha convertido el régimen de excepción, vigente desde marzo de 2022, en una política de seguridad prácticamente permanente, al costo de una erosión sostenida del debido proceso y de derechos fundamentales; Corie Welch lo describió recientemente como una extensión indefinida que debilita sistemáticamente el Estado de derecho, mientras un grupo internacional de juristas sostuvo en marzo de 2026 que el país probablemente ha cometido crímenes de lesa humanidad durante dicho régimen (Welch, 2026).

La “vía peruana”

Perú ofrece otra variante de esta misma lógica autoritaria, pero en una clave que permite pensar lo que he denominado en otro lugar como “la vía peruana” (Fonseca, 2023). La prórroga del estado de emergencia en Lima Metropolitana y Callao mediante el Decreto Supremo 044-2026-PCM, que mantiene el control del orden interno en manos de la Policía con apoyo de las Fuerzas Armadas, no puede entenderse como una respuesta coyuntural a la criminalidad, sino como la expresión de una forma específica de reconfiguración del poder estatal en condiciones de crisis de hegemonía prolongada. A diferencia del caso salvadoreño, donde el autoritarismo se articula alrededor de un liderazgo fuerte con altos niveles de legitimidad plebiscitaria, la vía peruana emerge de un escenario opuesto, es decir, una crisis política crónica marcada por la inestabilidad presidencial, la confrontación estructural entre Ejecutivo y Legislativo, la fragmentación extrema del sistema de partidos y una deslegitimación casi total de la clase política, con niveles de insatisfacción ciudadana superiores al 90% y, finalmente, una incapacidad casi total de articular una alternativa desde abajo. En este contexto, el recurso reiterado al estado de emergencia no expresa la fortaleza del Estado, sino su incapacidad para estabilizar la dominación por vías hegemónicas.

La “vía peruana” nombra precisamente esta modalidad de gestión de la crisis en la que la excepcionalidad no se consolida a través de un proyecto autoritario coherente como en Chile, sino que se institucionaliza como práctica recurrente en medio de la parálisis estatal. Se trata de una forma de gubernamentalidad en la que la suspensión parcial del orden jurídico y la militarización del espacio urbano, funcionan como sustitutos de una gobernabilidad ausente. A diferencia de las formas clásicas del autoritarismo latinoamericano, ya sean militares o populistas, *aquí no hay un sujeto político hegemónico capaz de reorganizar el bloque en el poder*; lo que hay es una reproducción fragmentada del orden a través de mecanismos de excepción que permiten administrar, de manera precaria, una crisis de hegemonía permanente. (Fonseca, 2023).

Desde esta perspectiva, el estado de emergencia en Perú debe leerse como parte de una transformación más amplia en la que el Estado deja de operar principalmente como instancia de mediación política y pasa a funcionar como dispositivo de contención. La militarización del orden interno, la normalización de medidas extraordinarias y la erosión progresiva de derechos, no responden únicamente a la inseguridad, sino a una incapacidad estructural de procesar conflictos sociales en un contexto de descomposición institucional. En ese sentido, la vía peruana constituye una forma límite de lo que, en la discusión anterior, identificamos como tendencia hacia el Estado policial global, no tanto por su grado de centralización o eficacia represiva, sino por su función de administrar poblaciones, territorios y conflictos en condiciones de crisis de legitimidad.

Lo decisivo es que esta modalidad no puede explicarse únicamente desde el plano nacional. La “vía peruana” se articula con la crisis más amplia del capitalismo global y, en particular, con la forma específica que ésta adopta en América Latina como acumulación dependiente. La debilidad del aparato productivo, la dependencia de exportaciones

primarias, la baja productividad y la insuficiencia de acumulación sostenida, generan condiciones en las que el Estado no puede garantizar ni crecimiento ni inclusión, y en las que la política pierde capacidad de articulación hegemónica. En este vacío, la excepción se convierte en rutina. Así, más que una anomalía, la vía peruana aparece como una de las formas contemporáneas más claras en que la crisis del capitalismo —y de sus mediaciones políticas— se traduce en una reorganización autoritaria del poder sin necesidad de un proyecto autoritario plenamente constituido.

El caso de Chile

Chile, bajo el nuevo gobierno de José Antonio Kast, representa otra forma de restauración ultraconservadora, pero su especificidad sólo se vuelve inteligible si se la sitúa en relación con el proceso refundacional abierto por el Estallido Social de 2019, y con lo que he llamado el “Momento Boric”. (Fonseca, 2022). Como se argumenta en ese trabajo, la llegada de Gabriel Boric al poder no fue un simple relevo generacional ni una alternancia electoral convencional, sino un momento, necesariamente parcial, contradictorio y transitorio, dentro de un proceso mucho más amplio de rearticulación social, política y simbólica impulsado por movimientos rizomáticos, plurinacionales y profundamente heterogéneos que desbordaron las categorías tradicionales de clase, partido y representación. Ese momento expresó una crisis de hegemonía en sentido gramsciano, es decir, una ruptura en la capacidad del orden neoliberal heredado del pinochetismo para organizar consensualmente la vida social. La apuesta refundacional, plasmada en la Convención Constitucional, el discurso plurinacional y la emergencia de nuevas subjetividades políticas, buscaba precisamente abrir una salida democrática, articuladora y contrahegemónica a esa crisis.

Sin embargo, como también se señala, ese proceso nunca fue lineal ni garantizado. Desde su origen estuvo atravesado por una contradicción fundamental entre tendencias refundadoras y tendencias restauradoras. La elección de Kast debe entenderse como la cristalización política de estas últimas. No se trata simplemente de un giro hacia la “derecha dura” ni de una reacción cultural conservadora, sino de una respuesta estructural a la crisis de hegemonía abierta en 2019. Allí donde el “momento Boric” expresaba la posibilidad de una recomposición democrática desde abajo, basada en articulaciones plurales, conflictivas y no esencialistas, el proyecto de Kast representa la reimposición del orden mediante la clausura de esa apertura, es decir, mediante una restauración que ya no puede apoyarse en el consenso, sino que recurre crecientemente a la coerción y al estado de excepción.

Es en este punto donde la referencia de Escobar Vallvé a imaginarios schmittianos adquiere plena relevancia. La política bajo Kast se reorganiza en torno a la producción del enemigo interno, la securitización del territorio y la expansión del aparato punitivo como ejes de gobierno. Pero, esta lógica no emerge en el vacío, pues es *la forma que adopta la restauración cuando la hegemonía ha sido quebrada y no puede reconstruirse en términos democráticos*. En otras palabras, la excepción deja de ser coyuntural porque

el orden ya no puede sostenerse sin ella. La transición desde un Estado que media conflictos hacia un Estado que los reprime, marca el paso de una crisis de hegemonía a una forma de gubernamentalidad autoritaria estructural.

La crítica de Escobar Vallvé en este contexto no es retórica excesiva sino diagnóstico teórico. Cuando señala la convergencia entre discursos de “seguridad”, expansión territorial, encarcelamiento masivo y afinidades con formas contemporáneas de violencia extrema, incluyendo la legitimación global de guerras y genocidios, está apuntando a una transformación más profunda que implica la creciente articulación entre guerra externa, castigo interno y administración punitiva del orden social. Esto conecta directamente con lo que, en la discusión anterior, se identifica como acumulación militarizada y Estado policial global.

Lo decisivo, sin embargo, es no perder de vista la dialéctica que subyace a este proceso. El gobierno de Kast no borra el “momento Boric”; lo presupone, lo subsume y lo niega. Es, por tanto, su negación activa. La restauración ultraconservadora chilena no es un simple retorno al pasado pinochetista, sino una reconfiguración del poder en condiciones nuevas, es decir, aquellas en las que el intento de refundación democrática ha abierto expectativas, subjetividades y demandas que ya no pueden ser completamente neutralizadas. Por eso la restauración adopta formas más duras, más securitarias y más explícitamente autoritarias. No se trata de “volver” al neoliberalismo clásico, sino de administrar su crisis mediante nuevas formas de coerción.

En este sentido, el caso chileno revela con especial claridad lo que se ha venido argumentando a lo largo del presente ensayo, a saber, que *la crisis del capitalismo contemporáneo no produce automáticamente salidas emancipatorias, sino que abre un campo de lucha entre proyectos antagónicos*. El “momento Boric” representó una tentativa de articulación democrática de esa crisis; el ascenso de Kast representa su captura restauradora. Y, es precisamente en esa tensión, entre refundación y restauración, donde se juega hoy no sólo el futuro de Chile, sino el sentido mismo de las transformaciones políticas en América Latina bajo condiciones de crisis global, mutación tecnológica y reconfiguración autoritaria del poder.

Honduras con Asfura

El caso hondureño permite observar una tercera modalidad de esta restauración regional, distinta tanto de la vía chilena como de la vía peruana, pero profundamente articulada al mismo proceso histórico. La elección de Nasry Asfura en 2025, tras un proceso electoral estrecho, cuestionado y marcado por acusaciones de fraude, retrasos en el conteo y una intervención política explícita de Donald Trump, no puede leerse como una simple alternancia electoral, sino como una restauración geopolíticamente mediada que clausura, al menos parcialmente, el ciclo abierto por el gobierno de Xiomara Castro. (Fonseca, 2025b).

Para comprender esta restauración, es necesario recordar que el gobierno de Castro representó —aunque con límites evidentes— una tentativa de recomposición política en un país históricamente marcado por el golpe de Estado de 2009, la captura narco-estatal bajo Juan Orlando Hernández, y una profunda crisis de legitimidad institucional. Sin embargo, como sugiere el análisis de Ana María Méndez Dardón, el país llegó al proceso electoral de 2025 en condiciones de baja legitimidad estructural, fragmentación política y alta desconfianza ciudadana, lo que debilitó la posibilidad de consolidar una salida reformista o refundacional. (Méndez Dardón, 2026).

En este contexto, la victoria de Asfura, respaldada por Washington y alineada con la recomposición hemisférica que hemos descrito bajo la Doctrina Donroe, expresa una forma específica de restauración que podríamos caracterizar como “vía hondureña”: una restauración que no emerge tanto de un proceso interno de recomposición hegemónica como en Chile, ni de una crisis institucional crónica que deriva en excepción permanente como en Perú, sino de una rearticulación directa entre élites locales y poder geopolítico externo. La elección de Asfura no sólo representó el retorno del Partido Nacional (PN) al poder, sino también la reinstalación de una matriz de gobernabilidad estrechamente vinculada a los intereses estratégicos de Estados Unidos en la región, incluyendo el control migratorio, la seguridad y la alineación geopolítica en el contexto de la competencia global. (Directorio Legislativo (DL), 2026).

Esta forma de restauración no elimina la crisis; la reorganiza. Honduras continúa enfrentando altos niveles de pobreza, desigualdad, violencia estructural y debilidad institucional, mientras el nuevo gobierno se presenta como garante de estabilidad, inversión y orden. Pero, como en otros casos de la región, el lenguaje de la estabilidad encubre una lógica más profunda que podemos identificar como la necesidad de recomponer condiciones de acumulación y control en un contexto de crisis del capitalismo global. En este sentido, la restauración hondureña se articula con lo que Robinson denomina acumulación militarizada y Estado policial global, pero con una especificidad adicional que es su fuerte dependencia de la mediación geopolítica estadounidense.

Desde la perspectiva que se ha venido desarrollando en este trabajo, el caso hondureño muestra con claridad cómo la crisis del capitalismo contemporáneo se traduce, en la periferia, en formas de dominación que combinan dependencia estructural, intervención externa y reorganización autoritaria del Estado. No se trata simplemente de un retorno al pasado oligárquico o a las viejas formas de tutela imperial, sino de una reconfiguración adaptada a la nueva fase del capitalismo global en la que seguridad, migración, extractivismo y control territorial, se vuelven ejes centrales de la gobernabilidad en tiempos de crisis civilizatoria. En ese marco, la elección de Asfura no es un episodio aislado, sino parte de una recomposición hemisférica más amplia, en la que América Latina vuelve a ser configurada como espacio estratégico y subalterno de acumulación, contención y disputa bajo nuevas condiciones históricas.

Como en los casos anteriores, lo decisivo es no perder de vista la dialéctica subyacente. La restauración hondureña no clausura completamente las tensiones sociales ni las

demandas de transformación que emergieron en el ciclo anterior. Más bien, las contiene y las desplaza. Pero, lo hace en un contexto en el que, como ya se ha venido argumentando, el capitalismo global no sólo atraviesa una crisis estructural, sino también una gran transformación tecnológica y geopolítica que reconfigura las formas mismas de acumulación, dominación y resistencia. Es, en ese terreno —y no en el de explicaciones puramente nacionales— donde debe situarse el significado histórico del caso hondureño.

En este punto, debe quedar bien claro que el actual asalto al Estado constitucional de derecho, con todo y sus perversidades, corrupciones y limitaciones latinoamericanas, no proviene para nada de las izquierdas, ni siquiera las izquierdas en el poder que paradójicamente se han convertido en muchos casos en sus principales defensoras, sino del auge de las ultraderechas. Y esto no ocurre sólo en América Latina. En Europa, un reportaje reciente de *The Guardian* documentó cómo las derechas radicales y gobiernos autoritarios están socavando la independencia judicial y el Estado de derecho, mientras otro informe reseñado por el mismo periódico señaló que cinco gobiernos de la Unión Europea (UE) —Bulgaria, Croacia, Hungría, Italia y Eslovaquia— están desmantelando de forma consistente esos principios. (Henley, 2026; Henley et al., 2026)

La clave, sin embargo, es evitar toda explicación unicausal. En Latinoamérica este fenómeno no puede derivarse linealmente del legado colonial, aunque éste importe; ni de la vieja estructura oligárquica y presidencialista de la región, aunque sin duda pese; ni de la crisis del capitalismo dependiente, aunque sea decisiva; ni siquiera de la nueva ofensiva neoimperial estadounidense por sí sola. El proceso es más complejo. Lo que observamos es la convergencia entre crisis global del capitalismo, mutación tecnológica de signo post-humanista, debilitamiento del multilateralismo, neoimperialismo trumpista y restauraciones ultraconservadoras regionales. En ese cruce, América Latina funciona simultáneamente como territorio de extracción, laboratorio de sobreexplotación y espacio privilegiado de experimentación autoritaria.

Aquí conviene retomar la diferencia que con anterioridad se había empezado a marcar entre la crisis del capitalismo y la posible crisis de la teoría del valor misma. Robinson sigue formulando la digitalización y la automatización dentro del horizonte clásico según el cual, sólo el trabajo vivo produce valor. Esa insistencia sigue siendo poderosa para comprender las contradicciones de la rentabilidad. Pero, hoy estamos entrando quizá en algo más: una gran transformación tecnológica, en sentido polanyiano, de signo decididamente post-humanista. La acumulación ya no descansa sólo en la explotación directa del trabajo, sino cada vez más en el control monopólico de infraestructuras tecnológicas, propiedad intelectual, datos, algoritmos, centros de datos, plataformas y minerales estratégicos. Esto no elimina la explotación; la rearticula. Pero, sí obliga a repensar la historicidad de la teoría del valor cuya máxima centralidad crítica, correspondió a una etapa en la que el trabajo humano directo ocupaba una posición más visible y decisiva en la producción de riqueza social.

La Doctrina Donroe y la “Pax Silica” deben entenderse justamente en ese umbral. La primera expresa la reorganización hemisférica del viejo poder monroísta bajo condiciones de guerra híbrida, mercantilismo digital y securitización extrema. La segunda nombra una nueva racionalidad de acumulación global en la que computación, inteligencia artificial, *hardware*, energía y minerales críticos, se vuelven pivotes del poder. Ambas convergen en el trumpismo como forma política y neoimperial de articulación entre capital tecnológico, capital financiero y aparato represivo, y ambas encuentran en América Latina un terreno privilegiado para su despliegue. Las restauraciones ultraconservadoras y neofascistas de la región, desde Bukele hasta Kast, pasando por diversos regímenes de excepción y punitivismo ampliado, no son, entonces, simples desviaciones locales ni “atrasos” históricos. Son formas regionales de una reestructuración más amplia del poder global.

En ese sentido, el “Escudo de las Américas” no inaugura simplemente una nueva política antidrogas ni un capítulo más de la cooperación militar hemisférica. Marca la entrada del hemisferio en una nueva fase de reordenamiento estratégico en la que seguridad, tecnología, extractivismo, guerra y gobernabilidad autoritaria, se enlazan de manera cada vez más estrecha. El nombre mismo del dispositivo delata su ambición: no proteger sociedades, sino blindar un orden en crisis. Y lo que ese blindaje protege no es sólo la soberanía de Estados aliados, sino una arquitectura de acumulación y dominación cada vez más dependiente de la excepción, la vigilancia y la fuerza. A la luz de la discusión previa, Miami aparece así como un síntoma regional de algo mucho mayor: la forma hemisférica de una gran transformación del capitalismo contemporáneo, a la vez digital, neoimperial, post-humanista y crecientemente neofascista.

III. El imperio ataca de nuevo: de Groenlandia hasta Venezuela, pasando por Cuba

Uno de los episodios más reveladores de esta nueva fase del poder imperial estadounidense, en el marco de lo que se ha conceptualizado aquí como la Doctrina Donroe y su articulación con la emergente “Pax Silica”, fue la operación militar que culminó con la captura del presidente venezolano, Nicolás Maduro, en Caracas a comienzos de 2026. Washington presentó la incursión como parte de su campaña hemisférica contra el narcotráfico y el crimen organizado, inscribiéndola discursivamente en la misma lógica que estructura iniciativas como el “Escudo de las Américas”. Sin embargo, desde la perspectiva del derecho internacional y de la historia de las intervenciones estadounidenses en la región, el episodio constituye un precedente extraordinario como es la detención de un jefe de Estado en funciones mediante una operación militar directa en territorio soberano, evocando, aunque bajo nuevas condiciones tecnológicas y estratégicas, la invasión a Panamá de 1989 y la captura de Manuel Antonio Noriega.

Lo que distingue este caso de sus precedentes no es simplemente el hecho de la intervención, sino su forma y su función dentro de una racionalidad estratégica más amplia. No se trata ya de invasiones prolongadas, ocupaciones territoriales o golpes de Estado clásicos, sino de lo que podría denominarse una intervención quirúrgica de

decapitación política. Este modelo apunta a neutralizar al liderazgo considerado hostil mediante una acción puntual, altamente tecnicada y de corta duración, para luego facilitar la reconfiguración del campo político interno a través de mecanismos indirectos de influencia, presión y reorganización institucional. En este sentido, la operación en Venezuela debe leerse no como una anomalía, sino como un prototipo, como una forma condensada de ejercicio del poder imperial en la fase actual del capitalismo global.

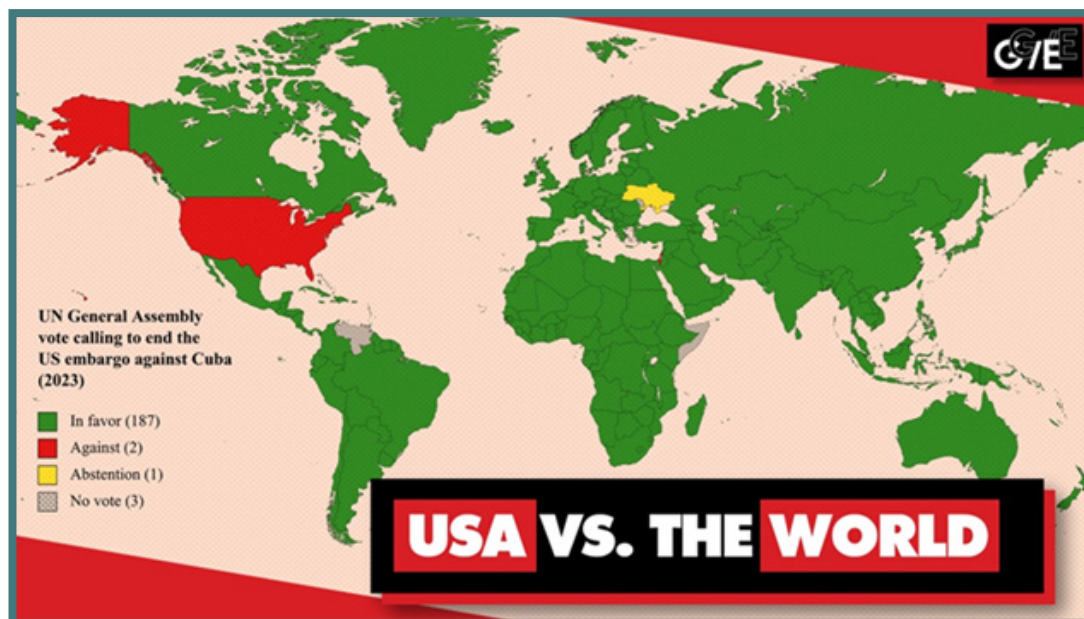


*El derrumbamiento progresivo del sistema multilateral.
Fuente: Coordenadas Mundiales.*

Donald Trump no dejó margen para interpretaciones ambiguas. En su discurso en Miami, en el marco de la cumbre “Escudo de las Américas”, se refirió explícitamente a la operación como un “modelo” replicable para enfrentar amenazas regionales. Con ello, la intervención dejó de ser un evento singular para convertirse en doctrina, una señal clara de que Estados Unidos está dispuesto a ejercer unilateralmente su poder en su entorno geopolítico inmediato, redefiniendo las reglas de la soberanía en el hemisferio.

La secuencia discursiva que siguió a la operación refuerza esta interpretación. Apenas días después de la captura de Maduro, Stephen Miller declaró públicamente que Groenlandia debería pertenecer a Estados Unidos y que “nadie va a enfrentarse militarmente a Estados Unidos” por el futuro de la isla. (Gettleman et al., 2026). La sincronía entre ambos eventos no es trivial. La afirmación, que generó alarma en Dinamarca y en el propio territorio groenlandés, debe leerse como una extensión de la misma lógica estratégica, la demostración de que Washington no sólo reivindica su primacía hemisférica, sino que está dispuesto a proyectarla desde el Ártico hasta el Caribe como parte de un mismo espacio de control.

En este punto, la Doctrina Donroe se revela en toda su amplitud. No se trata únicamente de América Latina, sino de un arco geoestratégico ampliado que va desde Groenlandia, clave por sus minerales críticos, su posición en las nuevas rutas marítimas del Ártico y su valor militar en un contexto de deshielo acelerado, hasta el Caribe y Sudamérica, donde se concentran recursos energéticos, biodiversidad, minerales estratégicos y nodos logísticos fundamentales para la economía global. La reactivación del interés estadounidense por Groenlandia no es un capricho geopolítico, sino parte de una reconfiguración del poder global en la que el control de territorios estratégicos se vuelve inseparable del control de infraestructuras tecnológicas, cadenas de suministro y sistemas de datos.



Fuente: Geopolitical Economy.

Desde esta perspectiva, la operación en Venezuela, las declaraciones sobre Groenlandia y la presión sobre Cuba deben entenderse como momentos de una misma estrategia que implica la reconstrucción de una esfera de influencia hemisférica y transhemisférica bajo condiciones históricas nuevas. Esta estrategia combina intervenciones selectivas, presión económica, operaciones militares limitadas, coaliciones políticas afines y, cada vez más, dispositivos de control tecnológico y securitario.

El papel asignado a Kristi Noem como enviada especial para el “Escudo de las Américas”, ilustra con particular claridad esta transformación. (See *Trump Host Latin America Leaders for the “Shield of the Americas” Summit, 2026*). Su nombramiento simboliza la exportación de la lógica del Departamento de Seguridad Nacional (DHS), creado tras el 11 de septiembre de 2001, al ámbito hemisférico. Esto implica la extensión de un modelo basado en vigilancia, control fronterizo, inteligencia compartida y cooperación policial transnacional. América Latina deja de ser concebida como un conjunto de Estados soberanos con los cuales se negocia diplomáticamente y pasa a ser tratada como una

frontera expandida y subalterna de seguridad estadounidense, donde la distinción entre política exterior y seguridad interna se diluye progresivamente.

Esta reconfiguración se articula de manera directa con lo que Robinson denomina acumulación militarizada y Estado policial global. La guerra, la vigilancia, la securitización y el control de poblaciones, dejan de ser simplemente instrumentos políticos y se convierten en esferas de acumulación en sí mismas. En este contexto, la intervención en Venezuela no es sólo un acto geopolítico, sino también un momento en la expansión de un complejo militar-tecnológico-financiero que encuentra en la crisis del capitalismo global, nuevas oportunidades de valorización.

En este marco más amplio, la presión sobre Cuba también aparece como parte de una misma lógica estratégica que consiste en la reconstrucción de una esfera de influencia hemisférica mediante intervenciones selectivas, presión económica, operaciones militares limitadas y coaliciones políticas afines.

Como señala Ben Norton:

“Washington ha mantenido un bloqueo asfixiante contra Cuba durante más de 60 años. Esto ha privado al país de unos 159 mil millones de dólares, lo que equivale aproximadamente al 150% de su PIB total.

El embargo estadounidense impide a Cuba importar ciertas tecnologías, repuestos, medicamentos e incluso alimentos, a pesar de la engañosa afirmación de Washington de contar con "exenciones humanitarias", una artimaña retórica que en realidad no se aplica cuando las empresas extranjeras temen sanciones secundarias y, por lo tanto, evitan el riesgo de comerciar con Cuba. Las sanciones ilegales de Estados Unidos dificultan enormemente el acceso de Cuba a la financiación internacional y cortan la comunicación con muchos bancos extranjeros reacios al riesgo.

El bloqueo estadounidense ha contribuido directamente a numerosas muertes evitables de cubanos, quienes han fallecido porque su país no pudo importar medicamentos, equipos médicos o repuestos necesarios para su tratamiento.

El objetivo de Washington con este bloqueo criminal es muy claro: "provocar hambre, desesperación y el derrocamiento del gobierno".

Desde el Ártico hasta el Caribe, la política exterior estadounidense parece estar entrando en una fase en la que viejas doctrinas imperiales reaparecen bajo formas renovadas, adaptadas a la geopolítica del siglo XXI y a un sistema internacional cada vez más marcado por la competencia entre grandes potencias.” (Norton, 2023)

Las declaraciones de Trump durante la cumbre de Miami, afirmando que el gobierno cubano se encuentra en sus “últimos momentos de vida”, reactivan una retórica de cambio de régimen que parecía haber perdido centralidad, pero que ahora se reinscribe en un contexto distinto: el de una crisis global del capitalismo, una intensificación de la competencia geopolítica y una transformación tecnológica que redefine las bases mismas del poder. (Pluvinet, 2026) La presencia de figuras como Marco Rubio en posiciones clave del aparato estatal, refuerza esta orientación.

El contexto interno de Cuba, marcado por una severa crisis energética, apagones recurrentes, presión económica externa y aislamiento financiero, intensifica la vulnerabilidad de la isla y la convierte en objetivo privilegiado de esta nueva ofensiva. Las recientes aperturas hacia la inversión de la diáspora cubana, incluyendo la posibilidad que exiliados posean negocios e inviertan en infraestructura, deben leerse también en este marco, es decir, como intentos de adaptación económica bajo condiciones de presión externa extrema. Sin embargo, para Washington estas medidas no son suficientes. La exigencia explícita de un cambio de régimen, incluyendo la salida del actual presidente Miguel Díaz-Canel, revela que el objetivo no es simplemente la liberalización económica, sino la reconfiguración política completa del Estado cubano.

Las declaraciones de Trump en el Despacho Oval, afirmando que sería “un gran honor” para él “tomar Cuba” y que “puede hacer lo que quiera con ella”, condensan de manera brutal esta lógica imperial. No se trata de retórica aislada, sino de la expresión de una racionalidad en la que la soberanía de los Estados periféricos se subordina abiertamente a los imperativos estratégicos de una potencia que busca reconstituir su hegemonía en condiciones de crisis y rivalidad multipolar.

Visto en su conjunto, este arco, que va de Groenlandia a Venezuela y de allí a Cuba, no es una serie de episodios desconectados, sino la manifestación de una transformación más profunda del orden internacional. La política exterior estadounidense parece entrar en una fase en la que viejas doctrinas imperiales reaparecen bajo formas renovadas, adaptadas a un mundo marcado por una nueva competencia entre grandes potencias, la crisis del multilateralismo y la centralidad creciente de la tecnología, los datos, la energía y los minerales críticos – es decir, los insumos que necesita el despegue de un capitalismo post-humanista bajo supervisión tecnofascista-.

Es precisamente aquí donde la discusión previa sobre la gran transformación post-humanista del capitalismo adquiere todo su peso. La Doctrina Donroe y la “Pax Silica” no son simplemente estrategias geopolíticas; deben ser entendidas, creemos, como formas de reorganizar el poder en un sistema en el que la acumulación depende cada vez más del control de infraestructuras tecnológicas, plataformas digitales, inteligencia artificial, cadenas logísticas y recursos estratégicos. La intervención militar, la presión económica y la securitización hemisférica, deben leerse como condiciones de posibilidad de esa reorganización.

En este sentido, el “imperio que ataca de nuevo” no es el mismo del siglo XX. Es un imperio que opera en la intersección entre coerción militar, control tecnológico, financiarización y reorganización autoritaria del Estado. Y es en esa intersección donde América Latina y el hemisferio en su conjunto, vuelve a convertirse en un espacio central de disputa, dominación y resistencia en el siglo XXI.

La “Operación Lanza del Sur”: de la guerra contra las drogas a la reactivación hemisférica de la Doctrina Monroe

La llamada “Operación Lanza del Sur” -Operation Southern Spear- debe entenderse simplemente como una campaña antidrogas o como una respuesta enfocada en redes criminales transnacionales. Pero su significado histórico y político sólo se vuelve inteligible cuando se la sitúa en el cruce entre la crisis del capitalismo global, la reconfiguración neoimperial de Estados Unidos y la mutación del poder estatal hacia formas crecientemente securitarias, militarizadas y tecnológicamente mediadas. En este sentido, “Lanza del Sur” representa la forma concreta que ha asumido, bajo el trumpismo, una nueva fase de militarización hemisférica de la política exterior estadounidense en la que convergen tres registros:

- i) La retórica clásica de la “guerra contra los carteles”.
- ii) La gramática post-11 de septiembre de la “guerra contra el terror”; y,
- iii) Una renovada pretensión de disciplinamiento geopolítico sobre América Latina y el Caribe en el marco de la Doctrina Donroe.

Las propias declaraciones de altos funcionarios de la administración Trump confirman este desplazamiento. La afirmación de Stephen Miller de que los carteles “solo pueden ser derrotados con poder militar”, así como la promesa de Pete Hegseth de ampliar recursos para el Comando Sur, no son meras posiciones tácticas o caprichosas, sino expresiones de una redefinición doctrinal en la que el crimen organizado es elevado al estatuto de amenaza existencial, susceptible de ser tratada mediante lógicas de guerra total. El gesto irónico, pero profundamente revelador de referirse a esta orientación como la “Doctrina Donroe”, indica que no estamos ante una política sectorial, sino ante la explicitación de una nueva racionalidad imperial que rearticula seguridad, geopolítica y acumulación.

El punto decisivo es que esta operación desborda ampliamente el marco tradicional de interdicción marítima o cooperación policial. De acuerdo con reportes de agencias internacionales, Washington ha pasado del despliegue naval en el Caribe y el Pacífico, incluyendo ataques contra embarcaciones sospechosas, a la proyección directa de operaciones conjuntas en territorio latinoamericano, particularmente en Ecuador, en coordinación con el gobierno de Daniel Noboa, bajo la categoría de “narcoterrorismo”. Esta expansión cualitativa del campo de intervención señala un cambio de escala y consiste

el tránsito desde una política de vigilancia y contención hacia una política de presencia operativa directa, en la que fuerzas estadounidenses participan activamente en escenarios internos de seguridad. No es casual que analistas hayan sugerido que el caso ecuatoriano podría convertirse en modelo replicable para otros países de la región. (Turse, 2026).

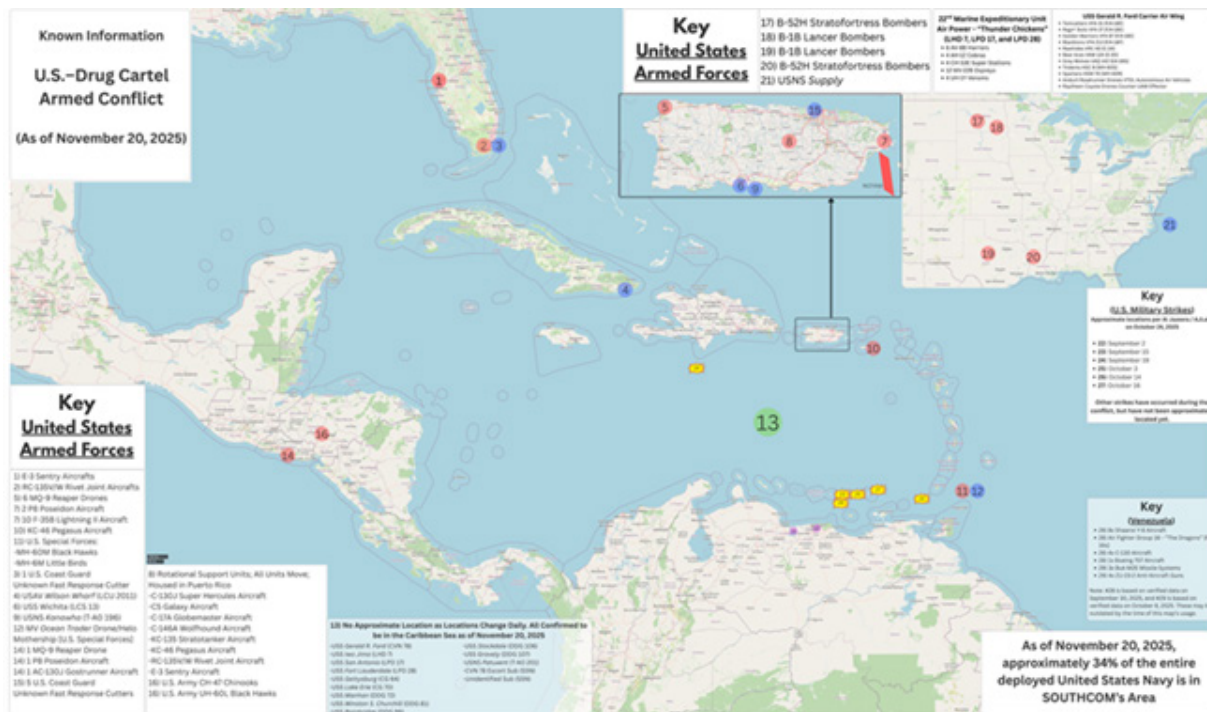


Secretario de Defensa de Estados Unidos, Pete Hegseth.

Vista en perspectiva, “Lanza del Sur” debe ser leída como la pieza operacional de una arquitectura doctrinal más amplia. Su desarrollo sigue una secuencia coherente como lo son el incremento del despliegue militar en el Caribe desde mediados de 2025; la intensificación de operaciones contra rutas ilícitas; la presión creciente sobre Venezuela; la captura de Nicolás Maduro a inicios de 2026 como operación de decapitación política; y la posterior extensión de la lógica de intervención hacia otros escenarios regionales. Este *continuum* político-militar no sólo reorganiza la política de seguridad hemisférica, sino que redefine las condiciones mismas de la soberanía en América Latina.

En este marco, los casos de Venezuela, Cuba, México y Ecuador no deben analizarse como episodios aislados, sino como momentos diferenciados de una misma racionalidad estratégica. Venezuela funcionó como primer banco de pruebas. Un país previamente construido discursivamente como “narcoestado”, dotado de recursos energéticos estratégicos y sometido a una intervención directa que inaugura un nuevo umbral de acción imperial. Cuba aparece como el siguiente frente, no tanto por su capacidad

militar como por su centralidad simbólica en el imaginario contrarrevolucionario del trumpismo, y por su función en la política doméstica estadounidense, particularmente en Florida. México, por su parte, se convierte en un espacio de presión constante para aceptar la normalización de la intervención extraterritorial, en un contexto en el que los carteles son crecientemente equiparados con organizaciones como Al Qaeda o el Estado Islámico. Ecuador, finalmente, emerge como laboratorio de esta nueva fase, donde la cooperación militar se transforma en participación operativa directa, desplazando los límites tradicionales de la soberanía.



Operación Lanza del Sur.
 Fuente: Wikipedia

La conferencia de Miami condensó esta transformación en forma casi paradigmática. Lejos de ser una simple reunión técnica sobre seguridad, constituyó una escena de rejerarquización continental en la que se articuló un bloque de gobiernos afines, una narrativa civilizatoria centrada en la defensa del Occidente "cristiano", y una agenda explícita de militarización regional. La ausencia de países como Colombia, Brasil y México en la reunión de mandos militares previa¹, no es un detalle menor y señala la existencia de fisuras dentro del propio sistema hemisférico y la resistencia de gobiernos progresistas a una mutación que perciben, correctamente, como una reactivación de formas de tutela imperial.

Por ello, "Operación Lanza del Sur" no debe leerse como una operación puntual sino como el nombre de una infraestructura doctrinal de intervención. Su lógica no es únicamente policial ni estrictamente militar; es simultáneamente geopolítica, ideológica y

1. Fonseca, Marco. "Guatemala dentro del 'Escudo de las Américas': bifurcación entre lo político-ideológico y lo securitario-militar. -Segunda parte-". El Observador-Nota de Coyuntura No. 194, 13 de marzo de 2026. Recuperada en: <https://elobservadorgt.org/2026/03/13/guatemala-dentro-del-escudo-de-las-america-bifurcacion-entre-lo-politico-ideologico-y-lo-securitario-militar-segunda-parte/>

económica. Convierte un problema real, el crimen organizado transnacional, en un dispositivo de legitimación para la expansión de la presencia militar, la normalización de ataques extraterritoriales, la subordinación de gobiernos aliados y la reconfiguración del hemisferio como espacio de control estratégico. En ningún otro momento de la historia podría el crimen organizado haber resultado más funcional para el neoimperialismo que en el momento presente.

En este punto, la conexión con la discusión anterior se vuelve crucial. La militarización hemisférica no puede separarse de la crisis estructural del capitalismo global ni de la emergencia de nuevas formas de acumulación. En la lógica de la acumulación militarizada descrita por Robinson, la guerra, la vigilancia, la securitización y el control de poblaciones, se convierten en esferas de valorización en sí mismas. Bajo la "Pax Silica", esta dinámica se articula además con el control de infraestructuras tecnológicas, datos, sistemas de inteligencia y plataformas digitales. La guerra contra los carteles, en este sentido, no es sólo una política de seguridad: es también un mecanismo de reorganización del capital en su fase contemporánea.

Esto permite comprender por qué la Doctrina Donroe adopta formas que combinan drones, fuerzas especiales, inteligencia algorítmica, coaliciones ad hoc, guerra jurídica, coerción diplomática y retórica civilizatoria. No estamos ante un simple retorno al imperialismo clásico, sino ante una mutación del poder imperial en la que coerción, tecnología y acumulación, se entrelazan de manera cada vez más estrecha.

Lo que se juega, en última instancia, no es únicamente la seguridad regional ni la lucha contra el narcotráfico. Lo que está en disputa es la posibilidad misma de que América Latina y el Caribe queden reinsertos —bajo nuevas condiciones históricas— en una arquitectura de dominación caracterizada por protectorados informales, intervenciones "quirúrgicas" y guerras sin declaración formal, en un contexto en el que la soberanía se redefine progresivamente como variable subordinada a las exigencias de un orden imperial en recomposición.

La competencia con China

Durante las décadas posteriores al fin de la Guerra Fría, la región latinoamericana había ocupado un lugar relativamente secundario en la agenda estratégica de Washington. Latinoamérica estaba saliendo de largos años de dictaduras militares y desarrollismo económico y, como parte de la expansión global del neoliberalismo, el "Consenso de Washington" estaba orientándose a la "promoción democrática" y del libre comercio con pocas diferencias de fondo, tanto por demócratas como por republicanos, desde la década de los 1980's.

China, por su parte, experimentó un ascenso económico dramático, sobre todo después de su ingreso a la Organización Mundial del Comercio (OMC) en 2001, tras 15 años de negociaciones. En un lapso relativamente corto, China se convirtió en la "fábrica del

mundo” gracias a una combinación de mano de obra abundante y de bajo costo, grandes economías de escala, y un fuerte apoyo estatal para impulsar las exportaciones y atraer inversión extranjera. Para mediados de la primera década del siglo XXI, debido a inversiones masivas en megaproyectos extractivos y subsidios estatales acumulados desde los años 80, China consolidó su posición como la potencia tecnológica más avanzada mediante el control casi absoluto de las cadenas de suministro de minerales y tierras raras, produciendo cerca del 70% mundial y refinando más del 90%. (Chia, 2005).

Como parte de esta conversión masiva en la economía china, el gigante asiático comenzó a aumentar significativamente su inversión en recursos naturales en Latinoamérica a principios de la década de 2000, intensificándose drásticamente a partir de 2010. Este interés inicial, centrado en materias primas como petróleo, minería y soya, ha evolucionado hacia inversiones en infraestructura -ferrocarriles, puertos- y energía. La iniciativa de la Franja y la Ruta de la Seda, lanzada en 2013 y expandida a la región en 2018, consolidó la presencia china en minería crítica -litio-, agricultura y energía, con más de US\$ 138.000 millones en préstamos entre 2005 y 2023, siendo Brasil, Argentina, Perú y Ecuador, los principales receptores de ese capital. (Myers, 2025).



La urgencia de recuperar el control de las cadenas de suministro de los recursos naturales por parte de Estados Unidos, se vio agudizada por la crisis de la globalización neoliberal después de la Gran Recesión de 2008. Esto ha devuelto al hemisferio occidental y sus vastas reservas de recursos naturales, un papel central en la imaginación, ambición y competencia geopolítica estadounidense.

Este trasfondo estratégico entre Estados Unidos y China ya se ha traducido en una creciente rivalidad entre ambos. (Golup, 2019) Durante las últimas dos décadas, China ha expandido significativamente su presencia económica en América Latina. El comercio bilateral ha crecido de manera exponencial, mientras que las inversiones chinas en infraestructura, minería, energía y telecomunicaciones, han transformado sectores clave de varias economías latinoamericanas. Incluso, El Salvador bajo el régimen de Bukele, está barajeando sus opciones entre las demandas erráticas y los aranceles de Washington, y la estabilidad y crecientes flujos de inversión que provienen de China.

La expansión china hacia Latinoamérica, tanto en términos económicos como políticos –por lo menos nueve países de Latinoamérica y el Caribe han roto relaciones diplomáticas con Taiwán en favor de la República Popular China desde 2016, reflejando una tendencia de cambio hacia Pekín; y, en 2026, solo Belice, Guatemala y Paraguay, así como algunas islas del Caribe mantienen relaciones diplomáticas con Taiwán– lo que ha generado preocupación creciente en un Washington recargado de hostilidad contra China. Desde la perspectiva estratégica estadounidense, América Latina ya no es simplemente un mercado emergente donde se puede competir con otros intereses dependiendo de los de Latinoamérica misma, sino una región subalterna pero crucial para el acceso a minerales críticos como litio, cobre y tierras raras, indispensables para las transiciones energéticas y tecnológicas, así como las nuevas geometrías militares del siglo XXI. Y Trump ha decidido restaurar el subalternismo autoritario latinoamericano por cualquier medio que sea necesario.

Ya hay conflictos directos contra China y sus aliados latinoamericanos por su presencia en proyectos de infraestructura portuaria, ferroviaria y digital, así como disputas por el control de rutas logísticas y sistemas de comunicación en el hemisferio occidental. Por ejemplo, la administración de Trump impuso sanciones revocando visas a altos funcionarios del gobierno chileno de Gabriel Boric en febrero/marzo de 2026, debido al proyecto del cable submarino “Chile China Express”. Washington considera que la conexión directa de fibra óptica entre Valparaíso y Hong Kong, impulsada por empresas chinas, representa una amenaza directa a la seguridad nacional y regional, comprometiendo la infraestructura crítica de telecomunicaciones. (Zúñiga, 2026).

Otro ejemplo relevante es el caso de Panamá pues Trump ha presionado intensamente para limitar la influencia de China en ese país, logrando que éste cancele su participación en la Ruta de la Seda y promoviendo la salida de empresas chinas de puertos estratégicos cerca del canal. Estados Unidos busca asegurar el control comercial de la vía interoceánica. (González, 2026).



En este contexto, la iniciativa “Escudo de las Américas” podría interpretarse como un intento de reforzar la primacía geopolítica estadounidense en su entorno inmediato y limitar la influencia de China en la región. Sin embargo, es mucho más que solo eso.

La construcción de una coalición ideológica hemisférica

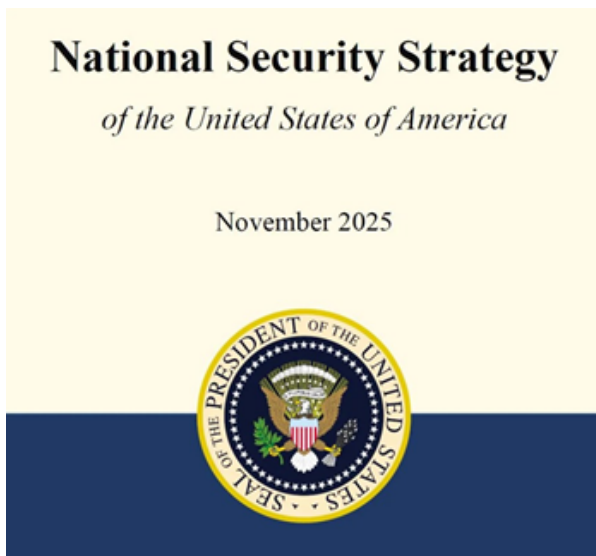
¿Qué necesita Estados Unidos para implementar su nueva doctrina de seguridad nacional en América Latina? Necesita, ante todo, Estados y gobiernos dispuestos, no sólo a aceptarla formalmente, sino a internalizarla como racionalidad de gobierno; es decir, a traducirla en prácticas estables de conducción estatal y disciplina social que operen sin resistencia, y se consoliden sin vacilación en sus propias arquitecturas institucionales, jurídicas y securitarias. La Doctrina Donroe, tal como

fue presentada y escenificada en Miami, no puede sostenerse únicamente mediante capacidad coercitiva, militar o diplomática, sino que requiere una infraestructura político-ideológica regional capaz de sedimentar un nuevo sentido común neoimperial. Este sentido común implica cooperación policial transnacional, alineamiento geopolítico, apertura a operaciones conjuntas, aceptación de la extraterritorialidad y, en última instancia, una forma de subordinación estratégica que se naturaliza como necesidad histórica.

En este sentido, uno de los elementos más significativos de la cumbre de Miami fue la reconfiguración del principio de alianza hemisférica. Ya no se trata, como en fases anteriores del panamericanismo, de articular consensos a través de instituciones multilaterales relativamente formalizadas como la Organización de Estados Americanos (OEA) que, incluso en su sesgo histórico, exigían al menos la apariencia de deliberación y legitimidad jurídica. Tampoco se trata, como en la era hegemónica de la globalización neoliberal, de Tratados de Libre Comercio (TLC), políticas de desarrollo y promoción democrática que, por lo menos en términos discursivos, prometían bienestar e inclusión. Lo que emerge ahora, después del repudio trumpista de muchos TLC y toda la institucionalidad vinculada a las políticas de promoción democrática, es una forma distinta de articulación del poder: el ensamblaje de una coalición política regional basada en afinidades ideológicas donde el criterio de pertenencia deja de ser el desarrollo económico o la democracia liberal, y pasa a ser el neofascismo libertario, programático, doctrinal y afectivo – incluso, placentero-.

Esta mutación exige ser leída a la luz de la crítica adorniana del extremismo de derecha (Adorno, 2020). Para Adorno, el fascismo y sus formas contemporáneas no se reducen a un programa político coherente, sino que constituye una forma de movilización ideológica basada en una regresión de la subjetividad. Esta regresión no implica simplemente ignorancia o falta de información, sino una transformación cualitativa del sujeto que implica una pérdida de la capacidad de mediación crítica, de pensamiento complejo y de experiencia diferenciada –pilares centrales de la modernidad crítica-. Como han subrayado lecturas contemporáneas de su obra, esta regresión adopta la forma de una “nueva estupidez”, entendida no como carencia cognitiva, sino como una mezcla estructurada de irracionalidad, incapacidad para el pensamiento sostenido y susceptibilidad a consignas simplificadoras.

Es precisamente en este punto donde la noción de idiotización de las masas permite profundizar la categoría de regresión ideológica. La idiotización no designa simplemente un déficit educativo, sino un proceso social de producción de sujetos incapaces de sostener la tensión entre contradicciones, de procesar mediaciones complejas o de resistir la simplificación mediática y afectiva del mundo. Se trata, en términos adornianos, de la cristalización de una subjetividad adaptada a la “sociedad administrada”, donde la estandarización de la experiencia y la cultura produce individuos intercambiables, tipificados, e incapaces de ejercer autonomía crítica.



Pero este proceso no se agota en la simplificación cognitiva. Como advierte Adorno en un pasaje crucial, los movimientos de extrema derecha mantienen una relación profundamente ambivalente con la crisis y la catástrofe. (Adorno, 2020, páginas 19-25). Por un lado, se presentan como respuesta preventiva ante un colapso inminente; por otro, se alimentan activamente de fantasías de hundimiento social e, incluso, movilizan un deseo inconsciente de catástrofe. Esta “anticipación del espanto” no es meramente irracional ni puramente psicológica, pues posee una base objetiva en sociedades atravesadas por crisis estructurales y crisis de hegemonía donde amplios sectores perciben,

correctamente, aunque de forma distorsionada, la posibilidad de un derrumbe. Sin embargo, en lugar de articular una transformación de las condiciones sociales de forma progresista, estos sujetos escuchan a sus propios verdugos y proyectan la resolución de la crisis en el colapso mismo. No se trata solo de temer la catástrofe, sino de deseársela como salida.

Esta dimensión ideológica y hegemónica resulta fundamental para comprender la fuerza contemporánea de ciertas ideologías políticas y religiosas. El cristianismo nacionalista articulado por figuras como Pete Hegseth, el mesianismo securitario del zionismo neofascista de Benjamin Netanyahu, y el neopentecostalismo fundamentalista en amplios sectores de América Latina comparten, bajo formas distintas, esta estructura

afectiva, una política fundada en la expectativa y, en cierto modo, en la celebración del fin, del enfrentamiento último, de la purificación mediante el desastre y el Apocalipsis. En este sentido, la coalición ideológica hemisférica no solo organiza intereses geopolíticos, sino que canaliza y politiza imaginarios apocalípticos que refuerzan su capacidad de movilización entre las masas idiotizadas y sus dirigentes carismáticos.

Esta condición no es accidental. Adorno insiste en que las disposiciones autoritarias no surgen primariamente de la psicología individual, ya sea de un Trump, un Milei o un Bukele, sino de estructuras sociales complejas –de la dialéctica y contradicciones entre estructuras y superestructuras, es decir, bloques históricos– que generan dichas formas de subjetividad. En contextos de crisis económica, política y civilizatoria, estas disposiciones se intensifican y se vuelven políticamente movilizables. La ansiedad social, la precarización material y la descomposición de las formas tradicionales de integración, producen un terreno fértil para la emergencia de sujetos que buscan certezas inmediatas, identidades rígidas y soluciones autoritarias, pero, también, para sujetos que, al no vislumbrar una salida transformadora, encuentran en la fantasía del colapso una forma de resolución negativa de la crisis. Las nuevas formaciones político-religiosas de la extrema derecha ofrecen precisamente lo que buscan desesperadamente las masas idiotizadas.

En este marco, la coalición ideológica hemisférica que se articula en torno al trumpismo no es simplemente una alianza de gobiernos conservadores, sino una forma de cristalización política de esta subjetividad regresiva, idiotizada y, en cierto sentido, catastrófica. La lista de líderes invitados a la Cumbre “Escudo de las Américas”, revela esta convergencia y aglutina a actores asociados con proyectos de restauración ultraconservadora, con redes transnacionales vinculadas al movimiento MAGA, y con lo que puede denominarse una Internacional Derechista. Esta agenda no es improvisada; se encuentra codificada en dispositivos programáticos como el “Proyecto 2025”, integrado en la Estrategia de Seguridad Nacional de noviembre de 2025, que reactualiza la Doctrina Monroe en condiciones de crisis global. (Proyecto 2025)².

Javier Milei ofrece el paradigma de idiotización libertaria que requiere el nuevo consenso neoimperial. Aquí resulta crucial la observación adorniana de que los movimientos autoritarios operan mediante la producción de identificación afectiva, más que mediante argumentación racional. La política deja de ser un espacio de deliberación y se convierte en un teatro de adhesión, donde los sujetos no “piensan” las posiciones que adoptan, sino que las “performan”, reproduciendo consignas, estereotipos y afectos preconfigurados.

La exclusión de actores clave, de gobiernos que han adoptado posiciones más moderadas como Guatemala; autónomas como México y Brasil, o críticas y progresistas como Colombia frente a Washington, no es un accidente, sino un principio constitutivo de esta arquitectura. Esta selectividad confirma que el objetivo del encuentro no era reconstruir un consenso hemisférico en sentido clásico, sino consolidar un bloque ideológico coherente, disciplinado y funcional a la implementación de la Doctrina Donroe.

2. Fonseca, Marco. "Guatemala dentro del 'Escudo de las Américas': bifurcación entre lo político-ideológico y lo securitario-militar. -Primera parte-". El Observador-Nota de Coyuntura No. 193, 11 de marzo de 2026. Recuperada en: <https://elobservadorgt.org/2026/03/11/guatemala-dentro-del-escudo-de-las-americas-bifurcacion-entre-lo-politico-ideologico-y-lo-securitario-militar-primera-parte/>

Desde esta perspectiva, la Cumbre de Miami puede entenderse como la formalización de una coalición hemisférica de la Internacional Derechista, cuya lógica recuerda, aunque en un registro más directamente estatal y geopolítico, a las redes que se han venido articulando en torno a espacios como las Conferencias de Acción Política Conservadora (CPAC, por sus siglas en inglés) en América Latina. Diversos análisis han subrayado este carácter, señalando que el encuentro reunió a un verdadero “quién es quién” de la derecha dura regional en torno a una agenda común que combina securitización, antiglobalismo selectivo, nacionalismo autoritario y alineamiento estratégico con Washington.

La idiotización de las masas cumple aquí una función estructural pues permite la rápida difusión de marcos simplificados –amigo/enemigo, orden/caos, civilización/barbarie– que sustituyen el análisis por la reacción inmediata. Pero, en la clave adorniana, esta simplificación no es neutra, pues se articula con una economía afectiva y fantasiosa de la catástrofe que intensifica la disposición a aceptar soluciones autoritarias. En este sentido, la coalición ideológica no sólo articula gobiernos, sino que se apoya en una transformación más profunda de la subjetividad política en la región, una de las “ruinas del neoliberalismo” como lo dice Wendy Brown; una subjetividad moldeada por décadas de precarización, saturación mediática, despoltización estructural y, cada vez más, por la internalización de imaginarios de crisis permanente.

Desde esta perspectiva, la Cumbre de Miami puede entenderse como la formalización de una comunidad política transnacional basada en esta convergencia entre ideología, afecto, idiotización y pulsión de catástrofe. Es, pues, mucho más que una simple coordinación estatal e implica la construcción de un bloque histórico en sentido gramsciano, profundamente regresivo y restaurador donde coerción, consenso degradado y producción de subjetividad, se articulan en una misma lógica que promete una salida del “globalismo”.

Lo que está en juego, por tanto, es una transformación en la forma misma de articulación del poder hemisférico. La política exterior estadounidense deja de apoyarse predominantemente en TLC o mediaciones multilaterales, y pasa a operar a través de redes ideológicas que conectan élites políticas, aparatos de seguridad, *think tanks*, iglesias, actores empresariales y masas subalternas idiotizadas. Estas redes funcionan como vectores de difusión doctrinal, permitiendo que la Doctrina Donroe se internalice como política doméstica en los Estados aliados.

Esta mutación adquiere una dimensión aún más profunda cuando se la sitúa en el marco de la “Pax Silica”. En un contexto donde el poder se organiza en torno al control de infraestructuras digitales, datos y sistemas de vigilancia, la idiotización no es simplemente un efecto colateral, sino una condición funcional. La simplificación cognitiva, la reducción de la capacidad crítica y la intensificación de imaginarios catastróficos facilitan la gobernabilidad algorítmica, la manipulación informacional y la integración de sistemas de control a escala regional.

Al mismo tiempo, esta forma de articulación responde a la crisis de las formas tradicionales de hegemonía. En un contexto en el que el librecambismo neoliberal y el

multilateralismo liberal se debilitan, y la legitimidad institucional se erosiona, el poder tiende a reorganizarse en torno a bloques más estrechos, ideológicamente homogéneos y subjetivamente disciplinados. Pero, como sugiere la crítica adorniana, esta homogeneidad no es signo de fortaleza, sino de empobrecimiento de la vida social y de debilitamiento de la capacidad de resistencia.

En este sentido, la pregunta inicial encuentra una respuesta más compleja. Estados Unidos no necesita simplemente aliados obedientes, sino Estados reconfigurados internamente para operar bajo la misma racionalidad securitaria, ideológica y tecnológica que define al proyecto imperial en su fase actual. Necesita, en otras palabras, no simples aliados, sino extensiones funcionales de una racionalidad que articula coerción, ideología, idiotización y pulsión de catástrofe como condiciones de posibilidad de su reproducción.

Y, es precisamente aquí donde se cierra el círculo con la discusión anterior. La Doctrina Donroe, la Operación “Lanza del Sur”, la “Pax Silica” y las restauraciones ultraconservadoras en América Latina, no son procesos paralelos. Constituyen momentos de una misma transformación histórica en la que el capitalismo se encuentra enfrentado a sus contradicciones económicas, ecológicas, tecnológicas y políticas, al mismo tiempo que se reconfiguran las formas de dominación mediante una articulación cada vez más estrecha entre coerción, ideología y producción de subjetividades degradadas —y crecientemente orientadas hacia imaginarios de catástrofe— en escala hemisférica y global.

Reflexiones finales

La iniciativa presentada en Miami sugiere que el hemisferio occidental está entrando en una nueva fase de disputa geopolítica, cuyo alcance excede con mucho cualquier lectura convencional en clave de política exterior. Se trata de mucho más que el simple retorno de la antigua Doctrina Monroe e implica su transformación en un dispositivo estratégico complejo, inscrito en la reconfiguración más amplia del capitalismo y del Estado contemporáneo. La Doctrina Donroe articula alianzas ideológicas transnacionales, intervenciones selectivas de alta intensidad, militarización de la seguridad regional y competencia estratégica por infraestructuras críticas, datos, recursos naturales y corredores logísticos en un mundo crecientemente estructurado por la rivalidad entre grandes potencias. En este sentido, constituye una de las expresiones hemisféricas de la “Pax Silica”, esto es, de un orden emergente en el que el poder se reorganiza en torno a la convergencia entre capital tecnológico, capital financiero y aparato militar-securitario.

Sin embargo, esta reconfiguración no puede comprenderse exclusivamente como efecto de las transformaciones en la acumulación capitalista o como una derivación directa de sus “leyes” económicas. Se inscribe, más profundamente, en una crisis de hegemonía de alcance regional y global cuya dinámica no es reductible a la lógica del valor ni a la tendencia de la rentabilidad. Aunque esta crisis emerge de las contradicciones del capitalismo contemporáneo, responde a sus propias mediaciones políticas, ideológicas y

culturales. Lo que está en juego es la creciente incapacidad de las clases dominantes a escala nacional y transnacional para articular un orden estable que combine coerción y consenso, dirección y dominación. La Doctrina Donroe aparece así no sólo como estrategia geopolítica, sino como intento de reorganizar un orden hegemónico en condiciones de descomposición.

Para los llamados gobiernos progresistas de la región, este escenario plantea dilemas estratégicos de una complejidad inédita. Por un lado, enfrentan problemas reales y urgentes: violencia criminal, desigualdad estructural, economías de enclave, debilidad institucional, que no pueden ser ignorados ni tratados mediante fórmulas abstractas o anacrónicas. Por otro, la creciente securitización de estas problemáticas, su traducción en lenguajes de guerra, terrorismo y amenaza existencial, abre la puerta a dinámicas de intervención externa, subordinación geopolítica y reconfiguración autoritaria del Estado. La dificultad radica en que fenómenos como el crimen organizado, el narcotráfico o ciertas formas de violencia social, desbordan los marcos del Estado-nación, pero su tratamiento mediante lógicas militarizadas tiende a reforzar precisamente las estructuras de dominación que los producen y reproducen.

En este contexto, el “desconcierto latinoamericano” al que alude un análisis reciente en la revista Nueva Sociedad, no es simplemente una falta de claridad estratégica, sino el síntoma de una crisis de orientación histórica. (González, G., & Tokatlian, J. G., 2026). América Latina se enfrenta simultáneamente a la presión de una reorganización neoimperial del hemisferio, a la fragmentación interna de sus proyectos políticos y a los límites estructurales de su inserción dependiente en la economía global. La hipótesis de la acumulación dependiente y estructural permite comprender por qué la región no se integra a la crisis global únicamente como espacio de sobreacumulación, sino como territorio donde la insuficiencia crónica de acumulación, la baja productividad y la dependencia extractiva, intensifican las contradicciones del sistema en formas particularmente agudas.

Pero, precisamente porque la crisis actual es también una crisis de hegemonía, su resolución no puede derivarse mecánicamente de la dinámica económica ni de sus crisis periódicas. Se abre, más bien, un campo de lucha y guerras de posiciones en el que las salidas son contingentes, disputadas y sobredeterminadas. Los movimientos sociales y las fuerzas contrahegemónicas enfrentan, en consecuencia, un desafío histórico que no admite respuestas simplistas ni espontaneístas. La defensa de la soberanía no puede traducirse en apoyo acrítico a gobiernos autoritarios ni a proyectos que reproduzcan formas de dominación social, racial, patriarcal o extractivista. Pero, tampoco, puede implicar la aceptación pasiva de una reorganización hemisférica que subordine la región a los imperativos estratégicos de una potencia externa.

Lo que se impone, entonces, es la necesidad de procesos de articulación democrática capaces de construir nuevas formas de ensamblajes políticos desde abajo. Esto implica no sólo resistencia, sino la articulación activa de demandas heterogéneas – sociales, territoriales, ecológicas, feministas, indígenas, laborales – en proyectos políticos capaces

de articular una nueva dirección de la sociedad. En términos gramscianos, la crisis de hegemonía abre simultáneamente la posibilidad de restauración autoritaria y de refundación democrática. Sin articulación, la fragmentación de las luchas favorece salidas regresivas; con articulación, se abre la posibilidad de construir nuevos bloques históricos.

Es en este punto donde la discusión sobre la gran transformación post-humanista del capitalismo adquiere una relevancia decisiva. La creciente centralidad de la automatización, la inteligencia artificial, las plataformas digitales y el control de datos, no sólo reconfigura las formas de acumulación, sino que también tensiona los fundamentos mismos de la teoría del valor y de la crítica de la economía política. Si la explotación del trabajo vivo ya no ocupa, en todos los sectores estratégicos, particularmente en los centros del capitalismo global, la misma posición que en el capitalismo industrial clásico, entonces las formas de dominación, resistencia y articulación política deben ser repensadas en consecuencia. La Doctrina Donroe y la "Pax Silica" no son simplemente estrategias geopolíticas; son expresiones de esta mutación más profunda en la que el capital reorganiza sus condiciones de reproducción en un horizonte crecientemente tecnificado, securitario y autoritario.

En este escenario, América Latina vuelve a situarse en el centro de las disputas por el poder global, no como actor plenamente autónomo, sino como terreno estratégico donde se intersectan dinámicas de extracción, control, experimentación política y resistencia social. La iniciativa "Escudo de las Américas" constituye uno de los primeros intentos sistemáticos de reorganizar el hemisferio bajo esta nueva lógica neoimperial, pero no será el último. Su consolidación dependerá no sólo de la capacidad de Estados Unidos para imponer su proyecto, sino también de la capacidad de los países latinoamericanos y de sus sociedades para articular respuestas colectivas, reconstruir mediaciones políticas y configurar activamente el sentido de la transformación en curso.

En última instancia, lo que está en juego no es simplemente la configuración del orden hemisférico, sino el carácter de la gran transición histórica que atravesamos. Entre restauración autoritaria y articulación democrática, entre subordinación neoimperial y autonomía regional, entre capitalismo tecnofascista y alternativas ecosociales, el futuro permanece abierto. Pero ese futuro no será el resultado automático de ninguna "ley" histórica. Será el producto contingente, sobredeterminado y profundamente conflictivo de las luchas que ya están en curso.

Referencias

Adorno, T. W. (2020). *Rasgos del nuevo radicalismo de derecha*. Taurus.

Bieler, A., & Morton, A. D. (2018). *Global capitalism, global war, global crisis*. Cambridge University Press.

Chia, O. (2025). Por qué los minerales de tierras raras se han convertido en una ventaja para China en sus negociaciones con EE.UU. BBC News Mundo.

Department of State. (2026, marzo 6). The United States to Host the Shield of the Americas Summit. *United States Department of State*. <https://www.state.gov/releases/office-of-the-spokesperson/2026/03/the-united-states-to-host-the-shield-of-the-americas-summit/>

Directorio Legislativo (DL). (2026, febrero). *La vuelta del Partido Nacional: ¿Quién es quién en el gobierno de Nasry Asfura?*

Escobar Vallvé, G. (2026, marzo 25). *El Gobierno de Kast y el "Estado de Emergencia"*. El Salto Diario. <https://www.elsaltodiario.com/chile/gobierno-kast-estado-emergencia>

Firmiano, F. D., Silva, J. F. S. da, & Sant'Ana, R. S. (2024). La crisis civilizadora del capital, América Latina y el Trabajo Social. *Serviço Social & Sociedade*, 147(3), e-6628410. <https://www.scielo.br/j/sssoc/a/dVLWcVw8s539bH6V3QDxT4D/?format=html&lang=es>

Fonseca, M. (2016). *Gramsci's Critique of Civil Society*. Towards a New Concept of Hegemony. Routledge.

Fonseca, M. (2017). Hegemonía, ruptura y Refundación. Crisis del Estado ampliado. *El Observador*, 12-13(57-58).

Fonseca, M. (2022, marzo 11). El momento Boric. *Gazeta*.

Fonseca, M. (2023, agosto 10). La "vía peruana" en Guatemala. #RefundaciónYa. <https://marcofonseca.substack.com/p/la-via-peruana-en-guatemala>

Fonseca, M. (2025a). La crisis civilizatoria del capitalismo global: Una lectura de William I. Robinson en tiempos de crisis climática. *Eutopia*, 6. <https://epinvestiga.com/opinion/la-tesis-civilizatoria-del-capitalismo-global-una-lectura-de-william-i-robinson-en-tiempos-de-tesis-climatica/>

Fonseca, M. (2025b, diciembre 1). Honduras elige en 2025: Entre el retorno de la narcopolítica, el vacío centrista y la oportunidad perdida de una refundación [Substack newsletter]. #RefundaciónYa. <https://marcofonseca.substack.com/p/honduras-elige-en-2025-entre-el-retorno>

Moreau, F. (2022, octubre). *La productividad en América Latina y el Caribe: Tendencias recientes y el shock de la COVID-19*. Fondo Monetario Internacional. <https://meetings.imf.org/-/media/Files/Publications/REO/WHD/2022/october-2022/Spanish/background-paper-3-es.ashx>

Myers, Margaret (2025). La nueva estrategia de China en América Latina. *Americas Quarterly*. <https://americasquarterly.org/article/nueva-estrategia-china-america-latina/>

Norton, B. (2023, noviembre 3). USA vs the world: Blockade on Cuba opposed by 97% of countries at UN. *Geopolitical Economy Report*. <https://geopoliticeconomy.com/2023/11/03/us-blockade-cuba-vote-un/>

Pluvinet, M. (2026, marzo 8). Trump apunta ahora contra Cuba: "Está en sus últimos momentos de vida tal como es". *France 24*. <https://www.france24.com/es/am%C3%A9rica-latina/20260308-trump-apunta-ahora-contra-cuba-est%C3%A1-en-sus-%C3%BAltimos-momentos-de-vida-tal-como-es>

Proyecto 2025: Manual de la extrema derecha para el autoritarismo estadounidense. (s/f). *Global Project Against Hate and Extremism*. Recuperado el 31 de marzo de 2026, de <https://globalextrémism.org/proyecto-2025/>

Roberts, M. (2021, noviembre 8). Twilight capitalism. *Michael Roberts Blog*. <https://thenextrecession.wordpress.com/2021/11/08/twilight-capitalism/>

Roberts, M. (2026, marzo 24). David Harvey and the ever-changing contours of capitalism. *Michael Roberts Blog*. <https://thenextrecession.wordpress.com/2026/03/24/david-harvey-and-the-ever-changing-contours-of-capitalism/>

Robinson, W. I. (2025). *¿Puede Perdudar el Capitalismo Global?* Traficantes de Sueños.

Robinson, W. I. (2026a, marzo 3). Irán, Pax Silica, y el embrionario Estado fascista. *La Jornada*. <https://www.jornada.com.mx/2026/03/03/opinion/016a2pol>

Robinson, W. I. (2026b, marzo 17). El nuevo complejo capitalino: Pax Silica y el Estado fascista embrionario. *Desinformémonos*. <https://desinformemonos.org/el-nuevo-complejo-capitalino-pax-silica-y-el-estado-fascista-embrionario/>

See Trump host Latin America leaders for the "Shield of the Americas" Summit. (2026, marzo 7). *USA TODAY*. <https://www.usatoday.com/picture-gallery/news/politics/2026/03/07/trump-latin-america-shield-summit-photo/89037151007/>

Smith, M. E., Butovsky, J., & Watterton, J. J. (2021). *Twilight capitalism: Karl Marx and the decay of the profit system*. Fernwood Publishing.

Socialist Voice. (1983). *Karl Marx and the World Crisis*. (19). <https://www.marxists.org/history/etol/newspape/socialistvoice/marx19.html>

Turse, N. (2026, marzo 4). U.S. Military Joins Drug War in Ecuador: "It Wasn't Going to Be Just Boat Strikes Forever". *The Intercept*. <https://theintercept.com/2026/03/04/us-military-ecuador-trump/>

Welch, C. (2026, marzo 27). Four Years of Ongoing Human Rights Violations in El Salvador and the Erosion of Democracy. *WOLA*. <https://www.wola.org/2026/03/four-years-of-ongoing-human-rights-violations-in-el-salvador-and-the-erosion-of-democracy/>

Zúñiga, D. (2026). Un cable entre China y Chile desata la ira de Estados Unidos. *DW*. <https://www.dw.com/es/un-cable-entre-china-y-chile-desata-la-ira-de-estados-unidos/a-76126516#:~:text=Esta%20medida%20afecta%20tambi%C3%A9n%20a,la%20soberan%C3%ADa%20del%20pa%C3%ADs%20sudamericano>